



Universidad
Internacional
de Andalucía

TÍTULO

LA INSTRUMENTALIZACIÓN DEL ISLAM POLÍTICO EN RUSIA ESTRATEGIAS, OBJETIVOS Y CAUSALIDAD

AUTOR

Mikhail Kazilov

Tutor
Instituciones
Curso
©
©
Fecha
documento

Esta edición electrónica ha sido realizada en 2025

Dr. Fernando López Mora

Universidad Internacional de Andalucía; Universidad Pablo de Olavide

Máster Universitario en Relaciones Internacionales (2023/24)

Mikhail Kazilov

De esta edición: Universidad Internacional de Andalucía

2024



Universidad
Internacional
de Andalucía



**Atribución-NoComercial-SinDerivadas
4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)**

Para más información:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.en>



Trabajo de Fin de Máster

MASTER EN RELACIONES INTERNACIONALES

Universidad Internacional de Andalucía y Universidad Pablo de Olavide

Curso 2023 – 2024

Autor: Mikhail Kazilov

Título: La Instrumentalización del Islam político en Rusia: Estrategias, Objetivos y causalidad

Tutor: Prof. D^r Fernando López Mora

Universidad de Córdoba

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	3
CAPÍTULO I. ASPECTOS TEÓRICOS DE LA ISLAMIZACIÓN.....	6
1.1. Historia del islam	6
1.2. Principios Fundamentales y Enseñanzas del Islam: Su Expansión y Difusión	13
1.3 Evolución Histórica y Realidad Contemporánea del Islam en Rusia y la CEI.....	23
1.4 Modelos de Islamización: Causas y Mecanismos del Proceso de Islamización	34
1.5 Influencia de la migración, las relaciones internacionales y la política interna	37
CAPÍTULO II. ASPECTOS PRÁCTICOS DE LA ISLAMIZACIÓN EN RUSIA: FASES, ACTORES Y DINÁMICAS HISTÓRICAS	43
2.1 El Proceso de Islamización: Principales Etapas y Acontecimientos	43
2.2 Desarrollo Histórico y Actual: Hitos Claves de la Islamización.....	49
2.3 Impacto de la Migración y la Política Estatal en la Islamización	55
2.4 Interacción entre la Islamización y la Migración: Retos y Oportunidades	58
2.5 Desafíos y Oportunidades para la Integración de las Comunidades Musulmanas en Rusia	68
CONCLUSIONES.....	73
BIBLIOGRAFÍA.....	78

INTRODUCCIÓN

El fenómeno de la islamización en Rusia se ha convertido en un tema de creciente relevancia en las últimas décadas, tanto en el contexto de la política interna rusa como en el ámbito de las relaciones internacionales. La islamización no solo implica la expansión del islam como religión, sino que también abarca aspectos sociales, culturales y políticos que afectan directamente la estructura demográfica y la cohesión social del país. La migración masiva desde las ex repúblicas soviéticas de mayoría musulmana, como Uzbekistán, Kirguistán y Tayikistán, ha acelerado este proceso y ha generado dinámicas complejas de integración y conflicto. Este fenómeno ha provocado cambios notables en las principales ciudades rusas y ha influido en la política nacional, sobre todo en regiones como el Cáucaso, donde el islam juega un papel clave en la vida política y social.

El proceso de islamización en Rusia no puede ser entendido sin considerar el papel que juegan tanto la migración como las tensiones entre los valores tradicionales islámicos y los principios seculares del Estado ruso. Además, la presencia del islamismo radical plantea desafíos importantes para la seguridad nacional, lo que subraya la importancia de analizar este proceso en profundidad. Así, el estudio de las causas y objetivos de la islamización en Rusia permite no solo comprender mejor este fenómeno, sino también evaluar las posibles tendencias futuras y sus implicaciones.

Actualidad del tema

El crecimiento de las comunidades musulmanas en Rusia y su impacto en la sociedad y la política han convertido este tema en uno de los más relevantes para el análisis contemporáneo. La diversidad religiosa y étnica del país, junto con los desafíos que plantea la integración de grandes comunidades migrantes musulmanas, ha puesto a prueba la capacidad del Estado ruso para manejar la coexistencia de diferentes grupos y, al mismo tiempo, mantener su cohesión nacional. Además, el resurgimiento del islam en regiones como Chechenia, donde el gobierno local ha promovido una "islamización controlada", y la creciente influencia del islamismo radical, son factores que resaltan la importancia de este fenómeno.

Objetivo de la investigación

El objetivo de este trabajo es analizar las causas y los objetivos del proceso de islamización en Rusia, con especial atención a los factores migratorios, políticos y sociales que han influido en este fenómeno. Se busca identificar los momentos clave de este proceso y entender las motivaciones que lo impulsan, así como prever las posibles tendencias futuras y sus implicaciones tanto para Rusia como para el contexto internacional.

Tareas para alcanzar el objetivo

1. Examinar los fundamentos históricos y religiosos del islam, tanto a nivel global como en Rusia.
2. Analizar el impacto de la migración desde las ex repúblicas soviéticas en el proceso de islamización en Rusia.
3. Determinar los factores que han impulsado la islamización en Rusia, incluyendo el papel del Cáucaso y la influencia del islamismo radical.
4. Establecer el momento histórico y las razones que iniciaron este proceso en Rusia.
5. Evaluar las consecuencias de la islamización para el futuro de la sociedad rusa y su política interna y externa.

Objeto y sujeto de la investigación

- Objeto de la investigación: El proceso de islamización en Rusia en el contexto de los cambios sociales, culturales y políticos.
- Sujeto de la investigación: Las comunidades musulmanas en Rusia, los movimientos migratorios y la influencia del islam en la política y la seguridad nacional rusa.

Significación teórica y práctica

Desde una perspectiva teórica, este trabajo contribuye al análisis de cómo la religión, y en particular el islam, puede influir en la transformación social y política de un país, en este caso, Rusia. La investigación ofrece una visión detallada de las dinámicas entre la religión y el Estado en un contexto donde la diversidad cultural y religiosa es cada vez más pronunciada.

En términos prácticos, el estudio proporciona información útil para los formuladores de políticas en Rusia y otros países que enfrentan fenómenos similares de migración y cambio demográfico. También puede ser de utilidad para instituciones académicas, investigadores y organizaciones que trabajan en temas de integración, derechos humanos y seguridad.

Base informativa

La base informativa está compuesta por una amplia variedad de fuentes secundarias, que incluyen libros, artículos científicos, informes gubernamentales y publicaciones académicas sobre islamización, migración y política rusa. Además, se utilizarán fuentes periodísticas y estudios de caso recientes sobre el impacto de la migración y el islamismo radical en Rusia. La utilización de estas fuentes permitirá ofrecer un análisis exhaustivo y actualizado sobre el fenómeno.

Estructura del trabajo

Este trabajo está compuesto por una introducción, dos capítulos principales, una conclusión y un listado bibliográfico. En la introducción, se presentan la relevancia del tema y

los objetivos de la investigación. El Capítulo 1 examina los fundamentos históricos y teológicos del islam y su desarrollo en Rusia. El Capítulo 2 analiza en profundidad el proceso de islamización en Rusia, haciendo énfasis en el impacto de la migración y los desafíos de la radicalización islámica. En la conclusión, se resumen los principales hallazgos de la investigación y se presentan los resultados clave del trabajo final de máster.

CAPÍTULO I. ASPECTOS TEÓRICOS DE LA ISLAMIZACIÓN

1.1. Historia del islam

El surgimiento histórico y la expansión del Islam constituyen un fenómeno significativo que comenzó a principios del siglo VII en la península arábiga con la vida y las enseñanzas del Profeta Mahoma. Este proceso, iniciado por una serie de revelaciones divinas que comenzaron en el año 610 d.C., dio lugar a la compilación del Corán, que se convirtió en el libro sagrado del Islam'. Estas revelaciones, que Mahoma recibió durante un periodo de 23 años, se centraban en la creencia en un único Dios (Allah) y en la implementación de principios de justicia, igualdad y responsabilidad social que transformarían tanto la estructura religiosa como social de la península arábiga.

Mahoma, nacido alrededor del año 570 d.C. en la ciudad de La Meca, creció en una sociedad marcada por el politeísmo, el tribalismo y las profundas desigualdades sociales. La Meca, en ese momento, era un importante centro comercial y religioso, hogar de la Kaaba, un santuario que atraía a tribus de toda la región. Sin embargo, esta prosperidad económica coexistía con una estructura social jerárquica. A pesar de que Mahoma pertenecía a la tribu de Quraysh, una de las más poderosas de La Meca, sus primeras experiencias de vida estuvieron marcadas por la orfandad y la pobreza, lo que probablemente influyó en su sensibilidad hacia las injusticias sociales y su énfasis posterior en los derechos de los desfavorecidos.

El comienzo de la misión profética de Mahoma fue un evento clave que no solo impactó su vida personal, sino que también transformó profundamente el entorno sociopolítico de la península arábiga. En el año 610 d.C., a los 40 años, Mahoma experimentó una visión en la que el ángel Gabriel le comunicó las primeras revelaciones de Dios. A partir de entonces, Mahoma asumió su papel como profeta, llamando a la gente de La Meca a abandonar el politeísmo y a someterse a la voluntad de un único Dios. Sin embargo, su mensaje inicialmente fue recibido con hostilidad por parte de las élites de La Meca, quienes lo percibieron como una amenaza a su poder e influencia. Las enseñanzas de Mahoma cuestionaban no solo las creencias religiosas tradicionales, sino también las estructuras económicas y sociales que beneficiaban a los poderosos [1].

A pesar de la resistencia inicial, la nueva fe ganó adeptos, en su mayoría entre los sectores más vulnerables de la sociedad, incluidos esclavos, mujeres y los menos privilegiados. La creciente persecución contra los primeros musulmanes llevó a Mahoma a buscar un entorno más favorable para su mensaje. Este contexto culminó en el evento conocido como la Hégira (o Hijrah), la migración de Mahoma y sus seguidores a la ciudad de Medina en el año 622 d.C.

La Hégira es considerada un punto de inflexión no solo en la vida de Mahoma, sino en la historia del Islam, ya que marcó el comienzo de la consolidación política y religiosa de la comunidad musulmana. Es por esta razón que la Hégira también marca el inicio del calendario islámico.

La llegada de Mahoma a Medina transformó a la ciudad en un centro político y espiritual. Fue aquí donde Mahoma logró establecer una comunidad basada en los principios del Islam, creando una estructura política y social que integraba tanto a musulmanes como a no musulmanes. El documento fundamental en este proceso fue la Constitución de Medina, redactada poco después de la migración. Este documento es considerado un hito en la historia de la gobernanza islámica y un precursor de los principios de gobernanza pluralista y justicia social. La Constitución de Medina no solo garantizaba la libertad religiosa para las comunidades judías y paganas de la ciudad, sino que también establecía un marco de cooperación política y defensa mutua entre los distintos grupos religiosos [1].

El liderazgo de Mahoma en Medina también sentó las bases para la expansión del Islam más allá de la península arábiga. Bajo su liderazgo, los musulmanes libraron una serie de batallas defensivas y diplomáticas, que no solo aseguraron la supervivencia de la comunidad musulmana en sus primeras etapas, sino que también sentaron las bases para la expansión territorial del Islam. La consolidación del poder musulmán en la península culminó en la conquista de La Meca en el año 630 d.C., un evento que marcó el retorno de Mahoma a su ciudad natal como líder reconocido y la conversión masiva de la población de la ciudad al Islam.

Después de la muerte de Mahoma en el año 632 d.C., la expansión del Islam continuó de manera acelerada bajo el liderazgo de sus sucesores, conocidos como los califas. Durante el período de los primeros califatos, el Islam se expandió más allá de la península arábiga, abarcando vastas regiones de Asia, África y Europa. En menos de un siglo, el imperio islámico se extendió desde la península ibérica en el oeste hasta la región del Indo en el este. Este rápido proceso de expansión territorial fue facilitado no solo por las campañas militares, sino también por la implementación de una administración efectiva y la tolerancia religiosa hacia las poblaciones conquistadas, quienes a menudo mantenían sus propias prácticas religiosas bajo el nuevo régimen musulmán.

Tras la muerte de Mahoma en 632 d.C., el Islam experimentó una rápida expansión, impulsada no solo por conquistas militares, sino también por el comercio y la diplomacia. Los primeros califatos, comenzando con el Califato Rashidun, seguido por las dinastías omeya y abasí, jugaron un papel crucial en la extensión de la influencia islámica. Durante el Califato

Rashidun, los sucesores inmediatos de Mahoma lideraron la primera fase de expansión, que abarcó territorios bajo el dominio de los imperios bizantino y sasánida. Estas primeras conquistas sentaron las bases de un vasto imperio, con la incorporación de regiones clave como Egipto, Siria, Persia e Irak. Las victorias militares fueron acompañadas de la integración de sistemas administrativos y comerciales locales, lo que facilitó no solo la gestión territorial, sino también la difusión de la nueva fe.

La dinastía omeya, establecida en el año 661 d.C., amplió aún más el alcance territorial del Islam, llevando su influencia hasta la Península Ibérica en el oeste y partes de Asia Central en el este. La expansión bajo los omeyas no se limitó a la conquista militar; el califato utilizó una combinación de alianzas estratégicas y acuerdos políticos con líderes locales, lo que permitió mantener el control sobre vastas regiones multiculturales. Al integrar redes comerciales preexistentes y adaptarse a las estructuras locales, los gobernantes omeyas consolidaron su poder y fomentaron el intercambio económico, lo que, a su vez, facilitó la propagación de las creencias y prácticas islámicas.

La sucesión de los omeyas por el Califato abasí en el año 750 d.C. marcó un cambio significativo en la estructura política y cultural del mundo islámico. Los abasíes trasladaron la capital a Bagdad, que se convirtió en uno de los centros culturales e intelectuales más importantes del mundo. Este cambio no solo consolidó el poder abasí, sino que también inició un periodo de florecimiento cultural conocido como la "Edad de Oro del Islam". Durante este tiempo, Bagdad se convirtió en un epicentro de conocimientos, donde eruditos de diferentes disciplinas –como la filosofía, la medicina, las matemáticas y la astronomía– contribuyeron al avance de la civilización islámica. La Casa de la Sabiduría, una academia fundada en Bagdad, fue un punto de encuentro para estudiosos musulmanes, cristianos y judíos, lo que fomentó un intercambio de ideas sin precedentes entre diferentes culturas y civilizaciones.

El desarrollo cultural de esta época también estuvo marcado por el diálogo y la interacción con otros imperios y culturas. Los abasíes mantuvieron relaciones diplomáticas y comerciales con el Imperio Bizantino y diversos estados de Asia Central, lo que no solo facilitó el intercambio de bienes, sino también de conocimientos e innovaciones. La influencia persa y helenística en las ciencias y las artes fue notable, y muchas obras clásicas de la antigüedad fueron traducidas al árabe, permitiendo su preservación y expansión. La arquitectura, la literatura y las artes visuales también florecieron bajo los abasíes, dando lugar a monumentos como la Gran Mezquita de Samarra y contribuyendo a la creación de un estilo artístico islámico que se adaptaba a las particularidades locales, pero mantenía una identidad común.

No obstante, la expansión del Islam no estuvo exenta de conflictos y tensiones. Las conquistas musulmanas a menudo se encontraron con resistencias locales, lo que resultó en batallas decisivas que marcaron el destino de ciertos territorios. Un ejemplo importante de este tipo de conflicto fue la Batalla de Ain Jalut en 1260, en la que las fuerzas islámicas detuvieron el avance de los mongoles en Oriente Próximo. Esta victoria fue un punto de inflexión en la defensa de las tierras islámicas frente a uno de los ejércitos más poderosos de la época, destacando el papel continuo de las fuerzas militares en la preservación de la integridad territorial del mundo islámico [45].

Al mismo tiempo, el proceso de islamización varió significativamente entre las regiones conquistadas. En algunos casos, la conversión al Islam fue voluntaria, facilitada por incentivos económicos y sociales, así como por la capacidad del Islam de integrar diversas tradiciones locales. Sin embargo, en otras regiones, la adopción del Islam fue un proceso largo y complicado, marcado por la resistencia de las élites locales o por el arraigo profundo de religiones preexistentes. Esta diversidad de experiencias refleja la complejidad de la expansión islámica, que no fue homogénea, sino que se adaptó a las condiciones políticas, sociales y económicas de cada territorio.

Además, el Islam absorbió una amplia gama de influencias culturales a medida que se expandía. En lugares como Persia, el norte de África y Al-Ándalus, la interacción entre las culturas islámicas y las tradiciones locales dio lugar a una civilización única que combinaba elementos islámicos con influencias regionales. La fusión de estas culturas es visible en las obras arquitectónicas, como la Alhambra en España o el Palacio de los Omeyyas en Damasco, que reflejan una síntesis entre el arte islámico y las tradiciones locales. Estas expresiones culturales no solo embellecieron las ciudades islámicas, sino que también sirvieron como símbolos del poder y la legitimidad de los gobernantes musulmanes [13].

A medida que el Islam se expandía y consolidaba en diferentes regiones, también se producía una profunda transformación en las estructuras socio-políticas. El surgimiento del imperio islámico implicó la reconfiguración de los sistemas de gobernanza y la introducción de una administración centralizada que operaba en regiones culturalmente diversas. Esto no solo permitió el control efectivo de vastos territorios, sino que también facilitó la creación de una identidad común basada en los principios del Islam. Sin embargo, las tensiones internas dentro del mundo islámico, como las luchas entre facciones y los conflictos sectarios, también jugaron un papel importante en la dinámica de poder del imperio, lo que condujo a su fragmentación en varios estados más pequeños con el tiempo.

El surgimiento y la expansión del Islam no solo representan la propagación de una nueva religión, sino también la creación de una civilización compleja y diversa que influyó profundamente en la historia global. La combinación de conquistas militares, alianzas políticas, y la integración cultural permitió al Islam establecerse como una de las fuerzas dominantes del mundo medieval. Esta expansión dejó un legado duradero que sigue influyendo en las sociedades musulmanas contemporáneas, especialmente en su continuo esfuerzo por equilibrar las tradiciones religiosas con los desafíos de la modernidad en un contexto globalizado [45].

La geografía y el clima de la península arábiga desempeñaron un papel clave en la configuración de sus condiciones sociales y económicas antes de la aparición del Islam. Este territorio está mayormente caracterizado por desiertos áridos, como el Nafud al norte y el Rub' al-Khali, o Cuarto Vacío, al sur, que actuaron como barreras naturales formidables y afectaron las interacciones humanas y el asentamiento en la región. Además, la península está flanqueada por el mar Rojo al oeste y el golfo Pérsico al este, lo que limita el acceso a los puertos naturales y restringe el contacto con el interior.

En lo que respecta al clima, este es predominantemente desértico, con una precipitación anual promedio de menos de tres pulgadas, la mayoría de las cuales cae en un breve período de cuatro o cinco días. Estas duras condiciones, sumadas a la escasez de fuentes de agua permanentes y a la existencia de pocos oasis dispersos, hicieron históricamente difíciles las invasiones y el asentamiento. Sin embargo, algunas regiones, como la costa de Tihāma, adyacente al mar Rojo, contrastaban con sus fértiles valles, lo que facilitaba actividades agrícolas tempranas y promovía el comercio[20].

A pesar de las difíciles condiciones geográficas y climáticas, los habitantes de la península arábiga desarrollaron estrategias adaptativas para sobrevivir. Las poblaciones asentadas implementaron sofisticados métodos de captación, distribución y almacenamiento de agua, para hacer frente a la aridez de la región, que variaba considerablemente entre zonas como las tierras altas de Yemen y el desierto de Nafud[10]. Investigaciones arqueológicas recientes han revelado la existencia de rutas comerciales antiguas y avenidas funerarias que conectaban los oasis, facilitando el comercio y la interacción social entre diferentes tribus y comunidades en la región. La organización tribal de los beduinos, marcada por la necesidad de movilidad debido a las duras condiciones de pastoreo, influyó también en las estructuras sociales, creando una dinámica única que diferenciaba la península arábiga de otras regiones contemporáneas, como Europa, donde estas interacciones eran menos comunes. Este entrelazamiento entre geografía, clima y adaptación humana sentó las bases para las diversas

condiciones sociales y económicas que predominaban en la región antes del surgimiento del Islam.

En términos de estructura social, la península arábiga antes del Islam estaba organizada en torno a tribus, que constituían la unidad social básica. Esta estructura era jerárquica y estaba compuesta principalmente por agnados, aliados y esclavos. Los agnados eran los parientes masculinos de la tribu, mientras que los aliados eran tribus más pequeñas o individuos que buscaban protección. Los esclavos, que habían sido capturados o comprados, ocupaban el nivel social más bajo.

El liderazgo tribal recaía generalmente en un jefe, conocido como shaykh, quien debía ser sabio, valiente y generoso, con frecuencia de edad avanzada. El shaykh convocaba a los notables de la tribu para discutir asuntos comunes y resolver conflictos. Aunque este sistema de consulta existía, su alcance era limitado, pues el shaykh, aunque prominente, no ostentaba un cargo formalmente sancionado dentro de la tribu.

En lo que respecta a los roles de género, estos estaban claramente definidos en la sociedad preislámica. Las mujeres desempeñaban principalmente funciones relacionadas con la procreación, siendo especialmente valorada la capacidad de tener hijos varones, quienes podían heredar propiedades y aumentar la riqueza de la tribu. Los hombres, por su parte, cuidaban del ganado y defendían la tribu, mientras que las mujeres se encargaban de las tareas domésticas esenciales, como cocinar, ordeñar animales y tejer telas para las tiendas[35]. La unidad familiar, que solía referirse como clan, compartía una misma tienda, lo que reforzaba los lazos de parentesco y la identidad colectiva dentro de la tribu. A pesar de esto, la sociedad seguía siendo patriarcal, con la herencia y el linaje trazados a través de las líneas masculinas.

En cuanto a la resolución de conflictos, dentro de las tribus se solían utilizar consejos informales o árbitros respetados, cuyas decisiones se basaban más en la integridad personal y la experiencia que en una autoridad formal. Estos individuos jugaban un papel crucial en la mediación de disputas y la restauración de la paz entre los clanes, subrayando la importancia de la cohesión social y la evitación de derramamientos de sangre.

La economía de la península arábiga antes del Islam estaba marcada por una mezcla de actividades primarias, secundarias y terciarias, condicionadas por las particularidades geográficas y climáticas. Dado que el entorno árido limitaba las prácticas agrícolas, muchas sociedades dependían en gran medida del comercio, el pastoreo nómada y la explotación de recursos naturales.

El pastoreo nómada constituía la principal actividad económica, impulsada por la necesidad de pastar el ganado en un ambiente tan escaso y árido. Los camellos eran

particularmente valiosos por su capacidad para adaptarse a las duras condiciones, permitiendo a los nómadas atravesar vastas áreas en busca de pastos. Además de los camellos, se criaban cabras y ovejas, que proporcionaban productos esenciales como carne, leche y pieles. Esta práctica contribuyó significativamente a la economía, con los camellos sirviendo a menudo como una forma de moneda.

El comercio desempeñó un papel crucial en la vida económica de la península. Las rutas comerciales, en lugar de caminos construidos, eran esenciales para la actividad económica. Estas rutas, que surgieron en el primer milenio a.C., solían depender de la disponibilidad de fuentes de agua, lo que las hacía menos directas que las vías modernas. Las caravanas atravesaban estas rutas tanto para el comercio como para la peregrinación, y continuaron utilizándose hasta mediados del siglo XX, cuando los avances en el transporte las volvieron obsoletas. Se sabe que el comercio en la Arabia preislámica no se limitaba al simple intercambio de excedentes; por el contrario, implicaba la producción intencional de bienes específicamente para su comercio. Los metales preciosos surgieron como productos clave, impulsando el comercio entre las tribus, particularmente los Quraysh de La Meca, quienes eran conocidos por transportar cantidades considerables de oro y plata.

Si bien la mayor parte del paisaje era árido, algunas zonas de la península arábiga podían sostener la agricultura, principalmente gracias a técnicas innovadoras de irrigación. Regiones como Yemen, conocida por la agricultura en terrazas, y partes de Irak, se destacaban como centros agrícolas importantes. La evidencia arqueológica señala prácticas agrícolas avanzadas, como la construcción de presas y acueductos para gestionar eficazmente los recursos hídricos. Entre los cultivos se encontraban palmeras datileras, cereales, legumbres y frutas, que apoyaban la economía junto con el comercio.

En cuanto a las creencias religiosas, la Arabia preislámica se caracterizaba por una rica variedad de sistemas de creencias, con un predominio del politeísmo, aunque también había presencia de cristianismo, judaísmo y religiones iraníes como el zoroastrismo. La práctica religiosa más extendida era el politeísmo árabe, que involucraba la veneración de múltiples deidades y seres sobrenaturales, incluidos los djinn[31]. Cada comunidad o tribu tenía su propio conjunto de dioses y rituales, con deidades notables como Al-Lat, Ruda, Manat y Dushara, que eran adoradas en santuarios locales, incluido la Kaaba en La Meca, que albergaba aproximadamente 360 ídolos.

El politeísmo y el animismo estaban profundamente arraigados entre las tribus beduinas antes del surgimiento del Islam. El animismo implicaba la creencia en la esencia espiritual de

entidades no humanas, y era común que las tribus practicaran el totemismo y la idolatría, adorando fenómenos naturales a través de diversos ídolos[31].

Los principios básicos del Islam se centran en la creencia en un solo Dios, Alá, y en la aceptación de Mahoma como su último profeta. Además, el Islam se estructura en torno a los Cinco Pilares, que incluyen la declaración de fe (Shahada), la oración (Salat), el ayuno durante el mes de Ramadán (Sawm), la caridad (Zakat) y la peregrinación a La Meca (Hajj). Estos pilares representan el corazón de la práctica religiosa islámica y guían la vida de millones de musulmanes en todo el mundo. El Islam también enseña la importancia de la justicia, la compasión y la misericordia, valores que están integrados en la Sharía, el conjunto de leyes y normas que regulan la vida diaria de los musulmanes. A través de estos principios y enseñanzas, el Islam no solo ha moldeado la vida espiritual de sus seguidores, sino que también ha tenido un impacto profundo en las sociedades y culturas donde ha sido practicado.

El Islam es una religión mundial que se ha extendido en los países de Oriente Medio, Asia, África del Norte, las repúblicas de Asia Central de la ex URSS y Azerbaiyán, así como en el territorio de la Federación Rusa, en Tartaristán, Bashkortostán y el Cáucaso Norte. El Islam se practica en 120 países del mundo. En 40 de estos estados, los musulmanes constituyen la mayoría de la población. En varios países, el Islam ha sido declarado religión estatal, como Afganistán, Egipto, Libia, Irán, Irak, Arabia Saudita y Pakistán. Las constituciones de estos países consagran la concepción de una forma de gobierno islámica. En estos estados, todos los aspectos de la vida y la sociedad están regulados por el derecho musulmán y se basan en las enseñanzas del Islam. A menudo, el derecho musulmán regula la ejecución del poder estatal en el país y el orden de organización de los órganos de poder y sus competencias. El derecho musulmán posee la máxima fuerza jurídica, superior a la ley.

1.2. Principios Fundamentales y Enseñanzas del Islam: Su Expansión y Difusión

Los Cinco Pilares del Islam son fundamentales para la fe musulmana, pues orientan tanto las prácticas religiosas como la vida diaria. Estos pilares son el testimonio de fe (shahādah), la oración diaria (ṣalāh), la caridad obligatoria (zakāh), el ayuno durante el mes de Ramadán (ṣawm) y la peregrinación a La Meca (ḥajj). Cada uno de ellos no solo impone deberes religiosos, sino que también actúa como un marco vital que moldea el día a día de los musulmanes, fortaleciendo su compromiso espiritual y con la comunidad. La responsabilidad individual es un aspecto esencial en las enseñanzas islámicas. Cada persona es responsable de sus acciones y de las intenciones detrás de ellas, un reflejo de la creencia en el libre albedrío. Este sentido de deber se extiende a la obligación de cumplir con la comunidad antes de reclamar

derechos, promoviendo una conexión profunda entre acciones individuales y bienestar colectivo, lo cual fomenta la fraternidad y la solidaridad. La pureza ritual también tiene un lugar destacado, especialmente en la práctica de la oración. Antes de rezar, los musulmanes deben realizar un proceso de limpieza ritual, que puede incluir varias formas de purificación, como el ghusul para las impurezas mayores. Esta atención a la pureza subraya la creencia de que el estado físico afecta la preparación espiritual y la conexión con Dios [26].

La interpretación de la ley islámica sigue un enfoque matizado: las disposiciones generales se interpretan de forma amplia, mientras que las específicas se toman literalmente. La práctica del ijthad, o razonamiento independiente, permite adaptar las enseñanzas a los contextos modernos, manteniendo la esencia de los principios islámicos. Esta flexibilidad ofrece una comprensión dinámica de la ley que puede adaptarse a cambios sociales e individuales. El Corán actúa como una guía completa para la vida, entrelazando valores morales con el contexto histórico y cotidiano. Ofrece perspectivas sobre la interacción humana y la relación con lo divino, promoviendo una vida que refleje tanto los valores personales como los comunitarios. En cuanto a las creencias fundamentales del Islam, se centran en cinco artículos clave: la unicidad de Dios (Tawhid), la existencia de ángeles (Malaikah), las escrituras divinas, los profetas (Nubuwwah) y el Día del Juicio Final (Akhirah). Estas creencias subrayan la importancia de Dios como creador y la responsabilidad ética de cada individuo por sus acciones y decisiones.

La revelación y la profecía son cruciales en la fe islámica, ya que se cree que Dios se comunica con la humanidad a través de los profetas. Estos profetas transmiten mensajes divinos en un lenguaje accesible para sus comunidades, asegurando que las enseñanzas sean claras y comprensibles. Los ángeles, que actúan como intermediarios, también tienen un papel vital en la transmisión de los mandatos de Dios y en el reporte del comportamiento humano. La Sunna se refiere a las prácticas y enseñanzas del profeta Mahoma, que los musulmanes están animados a seguir. Los Hadices son los relatos de sus acciones y dichos, y su autenticidad varía, siendo sometidos a rigurosos criterios de verificación. Tanto la Sunna como los Hadices son fundamentales para comprender la Sharia y el comportamiento ético dentro de la comunidad musulmana. La interacción cultural del Islam con diversas culturas ha dado lugar a variadas expresiones de prácticas islámicas influenciadas por costumbres locales. En muchos países musulmanes, se observan prácticas sociales que, aunque no siempre exigidas explícitamente por el Islam, han evolucionado en función de las identidades locales.

El Imperio Islámico se expandió rápidamente, cubriendo regiones desde España hasta la India, facilitando un vibrante intercambio de ideas y culturas. La lengua común del árabe,

junto con el marco religioso compartido del Islam, creó un entorno propicio para la colaboración académica y la síntesis cultural. Los eruditos realizaron avances significativos en matemáticas, astronomía, medicina y filosofía, construyendo sobre los conocimientos de civilizaciones anteriores como las griegas, persas e indias. Los desarrollos en matemáticas, como el álgebra y la trigonometría, y textos médicos como el "Canon de Medicina" de Ibn Sina, son ejemplos de las contribuciones intelectuales de la época, que posteriormente influirían en el conocimiento europeo. Sin embargo, la Edad de Oro enfrentó desafíos, especialmente con las invasiones mongolas, culminando en el Sitio de Bagdad en 1258, que marcó el declive del califato abasí y una significativa pérdida de patrimonio intelectual y cultural. A pesar de esta decadencia, los logros de este período dejaron una huella duradera en la civilización mundial, inspirando a generaciones futuras. La interacción entre la sociedad islámica, la política y los campos emergentes del conocimiento durante esta época resalta el papel crucial del Islam en la configuración de su propia civilización y en la historia mundial en general.

Históricamente, los movimientos islámicos han enfatizado la conexión entre la conducta individual y la identidad comunal, especialmente en relación con las normas sociales y el comportamiento moral. Los eruditos de la ley islámica han mostrado una notable preocupación por el pecado público, que puede normalizar comportamientos dentro de la comunidad en comparación con las transgresiones privadas. Esto se refleja en una fatwa de diciembre de 1939 de la Salafi Ansar al-Sunna al-Muhammadiyya, escrita por Muhammad Bahjat al-Baytar, que abordó las implicaciones sociales de las interacciones entre hombres y mujeres en Egipto desde la perspectiva de la pureza social. Este marco refleja un discurso más amplio entre los eruditos islámicos que buscaban alinear la identidad comunal con las prácticas sociales, dando lugar a dos modelos distintivos de sociedad islámica: uno que promueve el cambio social desde abajo impulsado por movimientos islámicos y otro que aboga por un gobierno desde arriba facilitado por autoridades religiosas alineadas con el estado.

El término "umma," tradicionalmente usado para designar una comunidad islámica transnacional, ha evolucionado para abarcar nociones de orden social y comunidad moral. Rashid Rida, un emigrante sirio basado en El Cairo, utilizó "umma" para definir los límites de esta colectividad social, posicionándola como un marco moral guiado por principios religiosos en lugar de una equivalencia directa al concepto de "sociedad" en un contexto secular. Este cambio conceptual destaca la adaptación de nociones modernas europeas de orden social a la tradición islámica, facilitando la formulación de un enfoque distintivamente islámico hacia la organización societal.

En los marcos legales islámicos, existen distinciones significativas en cuanto a los roles y derechos de hombres y mujeres, así como entre musulmanes y no musulmanes. La ley Sharia, tradicionalmente basada en una estructura patriarcal, a menudo coloca a las mujeres en desventaja en áreas como la herencia y el testimonio. En los procedimientos legales, el testimonio de una mujer puede ser considerado la mitad del valor que el de un hombre, lo que afecta su posición en disputas civiles. No obstante, las mujeres han participado activamente en los tribunales de Sharia a lo largo de la historia, actuando como demandantes y demandadas. Esta participación indica una interacción compleja entre la ley islámica y los roles de género, donde las mujeres a veces han aprovechado las normas legales para obtener posiciones ventajosas en cuestiones de divorcio y asuntos financieros[41].

La evolución de la educación islámica también juega un papel importante en el tejido social de la sociedad islámica. Las madrasas surgieron como instituciones clave de educación superior durante los siglos X y XI, sirviendo no solo como centros de estudio de la ley, sino también para otras disciplinas. Estas instituciones fomentaron una cultura de erudición legal e interpretación que permitió diversas opiniones y enfoques dentro de la ley islámica. Este énfasis en el rigor intelectual y el debate refleja la naturaleza dinámica de la erudición islámica, que se adapta a las necesidades sociales mientras se mantiene arraigada en textos tradicionales.

El rol político del Islam se basa profundamente en sus textos fundacionales, incluyendo el Corán, la literatura de hadices y la sunnah, que proporcionan un marco para la gobernanza y la organización societal. El pensamiento político islámico tradicional enfatiza el liderazgo a través de los sucesores del profeta Mahoma, conocidos como Califa en el Islam suní e Imames en el Islam chií, así como la adhesión a la ley islámica y la práctica de la consulta entre los gobernados. En la teoría política islámica, la soberanía pertenece a Dios, en contraste con las nociones democráticas donde la soberanía emana del pueblo. En consecuencia, se espera que los gobernantes implementen la ley de Dios y actúen en el mejor interés de la comunidad.

A finales del siglo XX, se observó un resurgimiento del interés en la sharia, impulsado por movimientos políticos dentro del mundo musulmán que exigían su plena implementación. Este renacimiento fue en gran parte alimentado por la insatisfacción con los regímenes seculares autoritarios y el deseo de las poblaciones musulmanas de regresar a estructuras socio-políticas más auténticas frente a las invasiones culturales occidentales percibidas. Líderes como el Ayatollah Jomeini enmarcaron sus llamados a la sharia como parte de una lucha de resistencia, posicionándose contra lo que consideraban autoridades seculares corruptas y abogando por la justicia social y económica a través del gobierno islámico[41].

A lo largo de las décadas, diversos movimientos islámicos han promovido la formación de una "Sociedad Islámica," como un marco para la moral pública y la identidad política. Estos movimientos operan dentro de un paisaje moldeado por desarrollos tecnológicos y urbanización, que han facilitado una mayor participación política y expresiones de nacionalismo. El crecimiento de la política de masas a principios del siglo XX, caracterizado por protestas y concursos políticos, reflejó una transformación en las normas sociales y la lucha por la identidad en un contexto colonial. Grupos islámicos competidores, como los Hermanos Musulmanes, surgieron en la década de 1970, compitiendo por influir en la piedad pública y la interpretación de los valores islámicos. Esta competencia ha dado lugar a un Renacimiento Islámico (*Şahwa Islāmiyya*), caracterizado por nuevas formas de adoración diaria y relaciones de género, influyendo tanto en el discurso público como en las políticas estatales.

La relación entre el Islam y la gobernanza estatal continúa evolucionando, con llamados a una Sociedad Islámica que se entrelazan tanto con agendas seculares como religiosas. Mientras que las élites religiosas alineadas con el estado pueden buscar legitimar su autoridad a través de marcos religiosos, los movimientos de base a menudo abogan por una sociedad más participativa y guiada moralmente. Esta dualidad ha generado debates complejos sobre el papel de la religión en la vida pública, particularmente en los estados-nación postcoloniales donde la identidad y la gobernanza siguen siendo temas disputados.

La ley islámica, conocida como Sharia, abarca un sistema legal integral que difiere notablemente de los marcos legales occidentales en alcance y aplicación. A diferencia de la ley occidental, que regula principalmente las relaciones entre individuos y el estado, la Sharia regula la relación de un individuo con Dios, su conciencia y su comunidad. Este alcance más amplio incluye directrices éticas junto con reglas legales, delineando no solo lo que los individuos están legalmente obligados a hacer, sino también lo que deben hacer en términos de conducta moral y ética. Las prácticas rituales como las oraciones diarias (*ṣalāt*), la caridad (*zakāt*), el ayuno (*ṣawm*) y la peregrinación (*hajj*) son integrales a la Sharia y a menudo ocupan posiciones fundamentales en los textos legales.

La evolución de la Sharia ha sido influenciada por diversos contextos históricos y esfuerzos de modernización dentro de los estados musulmanes. Muchos países han adoptado disposiciones constitucionales conocidas como "cláusulas de repugnancia," que aseguran que las leyes nacionales estén alineadas con los principios islámicos, al tiempo que reconocen marcos democráticos que algunos críticos ven como imposiciones occidentales. La experiencia histórica del Imperio Otomano ilustra cómo un estado musulmán puede secularizar su sistema legal, mientras que los Códigos Civiles Árabes, especialmente los desarrollados por Abdul

Razeq Al-Sanhuri, han buscado armonizar las leyes con los principios islámicos sin perder de vista las necesidades modernas[9].

El contexto histórico de la expansión del Islam se basa en una interacción compleja de transformaciones socio-políticas en la Península Arábiga y en las interacciones más amplias de Afro-Eurasia. La era anterior al Islam, conocida como Jahiliyyah, se caracterizaba por sociedades tribales, estilos de vida nómadas y una rica tradición oral. La Península Arábiga, a pesar de su terreno desértico, sirvió como un cruce crucial para el comercio entre África, Asia y Europa, fomentando centros urbanos bulliciosos como La Meca y Medina. Estas ciudades facilitaron no solo el intercambio de bienes como seda y especias, sino también el flujo de ideas y prácticas culturales, preparando el terreno para desarrollos religiosos significativos. La llegada del Islam en el siglo VII se puede rastrear hasta estas dinámicas en evolución. Como señaló el historiador británico Hugh Trevor-Roper, las narrativas históricas eurocéntricas a menudo oscurecen las historias africanas e islámicas. Sin embargo, comprender el papel del Islam y los musulmanes en el desarrollo de África es vital para una visión equilibrada de la historia del continente, especialmente dado el impacto significativo de las conquistas árabes en las estructuras socio-políticas de la región. Las conquistas árabes que siguieron a la aparición del Islam fueron fundamentales para configurar el mundo islámico temprano. Estas conquistas, a menudo registradas siglos después, se examinan a través del prisma de perspectivas sociales posteriores, planteando preguntas sobre la precisión histórica y la interpretación. Historiadores como Ilham Khuri-Makdisi y Florian Zemmin han documentado cómo estas conquistas se entrelazaron con proyectos coloniales globales y nacionalismos, particularmente en regiones como Egipto, demostrando las implicaciones globales de las acciones locales[36]. Además, la transformación traída por el Califa Abasí ilustró las relaciones complejas entre la autoridad central y la autonomía provincial en el estado islámico en expansión. Las estructuras de gobernanza establecidas durante este período influyeron en el panorama político de toda la región y reflejaron los debates en curso sobre el papel de la religión en la sociedad[46]. Esta interacción dinámica entre costumbres locales, creencias religiosas y poder centralizado fue crucial para dar forma a la identidad y las prácticas de la comunidad islámica temprana.

La expansión del Islam ocurrió a través de diversas rutas interconectadas que facilitaron no solo el movimiento de bienes, sino también el intercambio de ideas culturales y religiosas. Las principales rutas de esta expansión incluyen las rutas comerciales, las conquistas militares y la migración, que contribuyeron colectivamente a la influencia global de la religión.

Las conquistas militares iniciadas por Mahoma y sus sucesores llevaron al establecimiento del dominio islámico sobre vastos territorios, incluyendo partes de Asia, África

y Europa. Desde el siglo VII en adelante, los ejércitos árabes se expandieron hacia el norte de África y la Península Ibérica, donde encontraron debilidades políticas en los poderes existentes. Esta expansión militar fue complementada por la migración de familias y tribus árabes hacia las áreas conquistadas, integrando aún más la cultura islámica en las sociedades locales[46]. Las conquistas no solo establecieron el control político, sino que también facilitaron el entrelazamiento cultural, ya que las costumbres indígenas y las prácticas islámicas comenzaron a coexistir.

Las rutas comerciales jugaron un papel significativo en la difusión del Islam, particularmente la Ruta de la Seda y las rutas transaharianas. La Ruta de la Seda, una red antigua de caminos terrestres que conectaba el Mediterráneo con el este de Asia, permitió el intercambio de textiles, especias e ideas, incluidas las creencias religiosas. Los comerciantes musulmanes que dominaron estas rutas establecieron comunidades musulmanas, contribuyendo significativamente a la propagación de las enseñanzas y prácticas islámicas. Las rutas transaharianas igualmente permitieron interacciones entre diversas culturas y la propagación del Islam a través del norte de África.

El énfasis del Islam en el conocimiento y el aprendizaje atrajo a individuos de diversos orígenes, especialmente durante la Edad de Oro del Islam. Los centros de aprendizaje florecieron, y la difusión del conocimiento se convirtió en un aspecto vital del atractivo de la religión[46]. Esta búsqueda intelectual alentó la conversión e integración de las enseñanzas islámicas en diversas culturas. Además, las herramientas de comunicación modernas, como Internet, han continuado esta tendencia, proporcionando recursos accesibles para aprender sobre el Islam y fomentando conexiones globales entre comunidades musulmanas.

La expansión del Islam ha sido significativamente influenciada por las condiciones económicas y las redes comerciales. Los principios económicos islámicos facilitaron el comercio y la economía en los territorios musulmanes preindustriales, creando un entorno donde la adopción voluntaria del Islam se volvió atractiva para muchos. Esta adopción a menudo ocurrió en regiones fuera del control de los imperios musulmanes, destacando el papel de la geografía y el acceso a rutas comerciales lucrativas, que fueron fundamentales para la expansión del Islam, especialmente en áreas como Asia Central, el sudeste asiático y el África subsahariana. Por ejemplo, la posición estratégica de Indonesia a lo largo de las principales rutas comerciales permitió la adopción gradual del Islam a partir del siglo XI, a pesar de su diverso potencial agrícola.

Los intercambios culturales jugaron un papel fundamental en la difusión del Islam. La presencia de comerciantes y el establecimiento de redes comerciales facilitaron la transmisión

de creencias y prácticas islámicas. A medida que los comerciantes interactuaban con las poblaciones locales, no solo intercambiaban bienes, sino también ideas, lo que llevó a la integración gradual de los valores islámicos en las culturas locales. En el archipiélago indonesio, sultanatos regionales significativos como Aceh, Banten y Makassar desarrollaron estilos culturales distintos que influyeron en las políticas menores y contribuyeron a la aceptación más amplia del Islam[19]. Además, la aparición de lenguas francas y las similitudes culturales en regiones como Arabia central, donde se evidenció un aumento de los asentamientos y el comercio, también fomentaron un entorno inclusivo para el crecimiento del Islam[49].

El paisaje político impactó significativamente la expansión del Islam, tanto a través de las conquistas como del establecimiento de estados islámicos. Sin embargo, es una concepción errónea común que el dominio político musulmán llevó inmediatamente a una conversión generalizada. El proceso ha sido más gradual y a menudo involucró a las poblaciones locales adoptando el Islam con el tiempo, influenciados por diversos factores, incluidas las dinámicas socio-políticas y las interacciones con los gobernantes musulmanes[5]. En muchos casos, el deseo de cohesión social y oportunidades económicas dentro de las regiones dominadas por musulmanes animó a las poblaciones locales a adoptar la nueva fe.

Las estructuras sociales también moldearon la expansión del Islam, particularmente a través de asociaciones locales centradas en el culto, la educación y la ayuda mutua. Aunque existe una identidad musulmana global, el núcleo de la vida musulmana a menudo se centra en las prácticas locales y las actividades comunales en lugar de en los movimientos políticos organizados. Este enfoque local puede llevar a una integración más orgánica de las enseñanzas islámicas en la vida diaria, facilitando una adopción más profunda y duradera de la fe en diversas sociedades.

El contexto histórico de la emergencia del Islam durante un período de interacciones culturales y económicas dinámicas en la Península Arábiga preparó el escenario para su expansión. El crecimiento de las organizaciones militares transnacionales y los conflictos en las décadas de 1980 y 1990, como el conflicto árabe-israelí y las Guerras del Golfo, contribuyeron a la internacionalización de los conflictos locales, influyendo en las percepciones y prácticas del Islam a nivel global. La relación evolutiva entre religión, cultura y política en la narrativa histórica del Islam continúa dando forma a su expansión en diversas regiones.

La expansión del Islam a través de varias regiones se caracterizó por una multitud de caminos e influencias que moldearon las adaptaciones locales de la fe. Estas variaciones

regionales reflejan la interacción compleja de comercio, intercambio cultural y dinámicas socio-políticas, particularmente dentro de las redes comerciales del Océano Índico.

En el sudeste asiático, la creciente prominencia de los comerciantes musulmanes coincidió con la expansión de las rutas comerciales durante el segundo milenio CE. Este período vio interacciones significativas entre las sociedades musulmanas del sudeste asiático y diversas regiones, incluyendo Oriente Medio, el sur de Asia y el este de Asia. Estas interacciones fueron facilitadas por redes marítimas establecidas por el Imperio Chola, que conectaban el sur de la India con las Maldivas, Sri Lanka y el archipiélago indonesio. Notablemente, las Maldivas se involucraron activamente con los políticos musulmanes, particularmente Aceh, desde al menos el siglo XVI, ilustrando la integración de la región en las circulaciones islámicas más amplias[49].

La presencia musulmana en el este de Asia, particularmente en China, se puede rastrear hasta las rutas comerciales marítimas que conectaban el oeste, el sur y el sureste de Asia con la costa sureste de China. Para el siglo X, los comerciantes musulmanes se habían establecido en ciudades clave como Guangzhou y en provincias como Fujian, con muchos asimilándose mientras mantenían su identidad islámica[18]. Esta dualidad de identidad es evidente en sus prácticas de nombres, incorporando nombres árabes tradicionales dentro de un contexto local.

La expansión del Islam en Asia Central y el subcontinente indio fue facilitada por las conquistas turcas y las conversiones subsiguientes que ocurrieron a raíz de estas campañas militares. Regiones como Persia y el norte de India vieron una aceptación gradual del Islam, donde los marcos religiosos existentes, como el zoroastrismo en Persia y el hinduismo en India, fueron reconocidos e integrados como religiones protegidas dentro de la política islámica. El proceso de islamización en estas áreas fue complejo y prolongado, a menudo tomando siglos para manifestarse completamente.

En contraste, regiones en el Mediterráneo, como España y Sicilia, experimentaron una rápida islamización durante las primeras conquistas árabes. Aquí, una coexistencia de poblaciones musulmanas, cristianas y judías marcó el paisaje socio-cultural, particularmente durante el período abasí cuando estas áreas sirvieron como puentes entre los mundos islámico y cristiano. La floreciente ciudad de Córdoba se convirtió en un testimonio de este sincretismo cultural, mostrando una infraestructura urbana avanzada y logros académicos que tuvieron un impacto duradero en el pensamiento del Renacimiento europeo.

La expansión del Islam influyó significativamente en las dinámicas sociales, económicas y culturales en varias regiones. El proceso de islamización también conocido como islamificación o islamización implica la transformación de las sociedades hacia prácticas y

creencias islámicas, haciéndolas predominantemente musulmanas. Esta transformación fue facilitada por el establecimiento de califatos tras la muerte del Profeta Mahoma, que se extendieron por vastas áreas geográficas y mejoraron la conversión de las poblaciones locales a través de esfuerzos misioneros activos, especialmente por Imames que se integraron con comunidades indígenas para difundir las enseñanzas islámicas.

Los principios económicos islámicos contribuyeron al florecimiento de las tierras musulmanas durante el período preindustrial. La distribución equitativa de la tierra y el énfasis en sistemas de herencia justos permitieron a las regiones participar en el comercio de manera efectiva, maximizando así los beneficios derivados de los recursos disponibles. Este marco no solo promovió la redistribución estática de ingresos, sino que también alentó las inversiones públicas a través de endowments religiosos, fomentando el crecimiento económico. Sin embargo, con el surgimiento de la navegación a gran escala y la industrialización, estos mismos principios comenzaron a restringir las oportunidades de crecimiento, indicando una interacción compleja entre las prácticas económicas y el contexto geográfico del mundo musulmán.

La expansión del Islam también remodeló los roles de género y las estructuras sociales dentro de las sociedades afectadas. La urbanización, la educación y los intercambios culturales llevaron a una evolución de los roles tanto de hombres como de mujeres. Mientras que algunas mujeres ganaron nuevas libertades y oportunidades, las estructuras patriarcales tradicionales permanecieron predominantes, particularmente en áreas rurales, influyendo en el alcance de su participación pública y roles de liderazgo[4]. La tradición arquitectónica islámica también se fusionó con las costumbres locales, resultando en diseños distintivos de mezquitas y planificación urbana que reflejaban tanto elementos culturales islámicos como indígenas, solidificando aún más la influencia del Islam en las identidades locales.

La expansión del Islam facilitó un intercambio dinámico de ideas, prácticas y expresiones artísticas a través de diversas culturas. La convivencia del Islam popular y las prácticas islámicas altas creó una rica tapicería de expresiones religiosas que sirvió tanto a las poblaciones urbanas como a las rurales. Esta interacción a menudo resultó en movimientos puritanos destinados a reforzar los ideales islámicos altos, mostrando las tensiones y sinergias entre diferentes interpretaciones del Islam y las prácticas culturales[4]. Además, la integración de la escritura árabe en las artes decorativas, incluso en contextos no musulmanes, ejemplifica la difusión cultural resultante de la expansión del Islam, destacando su impacto profundo y duradero en las identidades y prácticas regionales.

La expansión del Islam sigue siendo un factor significativo que influye en las dinámicas sociales y culturales contemporáneas en todo el mundo. La interacción entre modernización e

identidad islámica plantea preguntas complejas sobre la purificación religiosa y la evolución de las prácticas comunales. Los académicos como Tamney hipotetizan que la modernización lleva a una mayor conciencia de las inconsistencias religiosas, lo que impulsa a las personas a buscar una forma más pura de su fe al distanciarse de los estilos de vida sincréticos[4]. Este fenómeno sugiere que la modernidad no solo puede coexistir con las creencias tradicionales, sino también reformarlas activamente. En regiones como Egipto, los movimientos islámicos se han entrelazado cada vez más con el comportamiento individual y las implicaciones sociales más amplias. El énfasis en la conducta comunal refleja una creciente preocupación entre académicos y activistas sobre el impacto de las interacciones sociales modernas en los principios islámicos. Un ejemplo notable es el discurso en torno a las interacciones entre hombres y mujeres, que ha sido enmarcado en el contexto de pureza social. Las fatwas y declaraciones públicas han articulado una visión de "Egipto islámico", que subraya la importancia de mantener los valores tradicionales frente a la modernidad. Además, el contexto poscolonial ha llevado a los islamistas a navegar por sus marcos ideológicos dentro de los límites de los estados-nación. Esta adaptación ha resultado en un enfoque dual en fomentar la piedad colectiva mientras se abordan las realidades socio-políticas de la gobernanza moderna[36]. Esta interacción sugiere que la identidad islámica contemporánea no es simplemente un vestigio del pasado, sino una entidad dinámica que evoluciona a través de un discurso continuo y adaptación. Además, la importancia histórica de las rutas comerciales en la difusión de las creencias islámicas ilustra el diálogo continuo entre tradición y modernidad. Estas rutas han servido históricamente como conductos para el intercambio de ideas, facilitando interacciones culturales que siguen moldeando el pensamiento islámico hoy en día. A la luz de la globalización, estos caminos ahora plantean desafíos y oportunidades para la preservación del patrimonio islámico mientras se involucran con los valores contemporáneos. A medida que los académicos contemporáneos examinan las ramificaciones de los desastres naturales y su impacto en los desarrollos históricos, hay un reconocimiento creciente de la interacción entre factores ambientales e historia islámica. Tales estudios exigen un enfoque multidisciplinario que integre el análisis textual con conocimientos arqueológicos y geológicos, complicando aún más la narrativa de la expansión islámica y la formación de identidad.

1.3 Evolución Histórica y Realidad Contemporánea del Islam en Rusia y la CEI

En cuanto al Islam en Rusia, su adopción oficial por los pueblos del Volga y los Urales se remonta al año 922, cuando una delegación del Califato de Bagdad llegó a esta región. En el Cáucaso Norte, el Islam penetró en el siglo VII como resultado de las campañas de conquista

árabes y la actividad de los misioneros islámicos. El proceso de islamización del Cáucaso Norte se completó a finales del siglo XIX. El Volga musulmán se incorporó a Rusia como resultado de la conquista de los kanatos de Kazán y Astracán por Iván el Terrible. Hasta mediados del siglo XVIII, se intentó convertir a los musulmanes del Volga al cristianismo ortodoxo. Sin embargo, este intento resultó infructuoso, por lo que Catalina II permitió la formación de un sistema de administraciones espirituales musulmanas. En 1782 se estableció el primer muftí, lo que permitió al clero musulmán formar un estamento independiente. En 1788 se creó la Asamblea Espiritual de Oremburgo, a la que se subordinaban todas las comunidades musulmanas, excepto Crimea. Durante el reinado de Nicolás I, en 1831 se estableció la Administración Espiritual de Táurida.

El Islam tuvo una gran influencia en la vida, las costumbres y las tradiciones de los pueblos del Volga y el Cáucaso Norte. El gobierno estaba muy preocupado por el creciente poder del Islam e hizo algunos intentos para limitar esta influencia. El Islam era reconocido como una religión “tolerada” en Rusia. No obstante, alcanzó un alto nivel de desarrollo. Durante la era soviética, la situación del Islam fue similar a la de otras confesiones, es decir, los musulmanes fueron perseguidos al igual que los representantes de otras religiones. No solo se destruyeron templos, sino que también se desintegró el estado ruso en toda su diversidad. Sin embargo, en la vida cotidiana y en la conciencia de la gente, el Islam se mantuvo. En 1991, el Islam comenzó a resurgir [44].

Cuando hablamos de la temprana expansión del Islam en Rusia y los países de la CEI, resulta imposible no mencionar la influencia de las conquistas árabes y las interacciones posteriores entre las comunidades musulmanas y no musulmanas. Las conquistas musulmanas, que comenzaron en el siglo VII, fueron rápidas y extensas, permitiendo que el dominio islámico se extendiera por Asia, África y partes de Europa en apenas un siglo. Estas conquistas trajeron consigo el influjo del Islam a las fronteras meridionales de lo que sería más tarde Rusia, estableciendo las bases para futuros encuentros entre culturas.

Hablando de las conquistas árabes, estas culminaron con el control de importantes regiones fronterizas con Rusia. Para el siglo VIII, los árabes ya habían penetrado en Asia Central, logrando establecer su presencia en áreas como la región del Volga y los Urales, lo que más adelante se convertiría en un importante centro de intercambio comercial y cultural entre el mundo islámico y Europa oriental. Este contacto inicial facilitó la introducción de la cultura islámica en la región, junto con el comercio y la gobernanza islámica.

Además de las conquistas militares, las redes comerciales desempeñaron un papel vital en la difusión del Islam. Desde el siglo VII, los mercaderes árabes ya comerciaban en la región,

especialmente en los ríos Volga y Ural, donde intercambiaban productos como plata, pieles y esclavos. Estas relaciones comerciales no solo fortalecieron los lazos económicos, sino que también fomentaron el intercambio cultural y religioso, lo que permitió que las creencias islámicas comenzaran a ser adoptadas gradualmente por las poblaciones locales [27].

Por otro lado, el establecimiento de asentamientos árabes en el Cáucaso y en la cuenca del Volga también contribuyó significativamente a la expansión del Islam. Estos asentamientos no solo trajeron prácticas y tradiciones islámicas, sino que, con el tiempo, se convirtieron en centros de aprendizaje y cultura islámica, consolidando la influencia de esta religión en la región.

Cuando analizamos el impacto de entidades como los Búlgaros del Volga y el Kanato de los Jázaros, se destaca que, en un principio, los búlgaros estuvieron bajo el dominio del Kanato de los Jázaros, pero su historia cambió con el tiempo. Durante el siglo IX, los búlgaros lograron unificar su poder bajo una autoridad central, lo que les permitió liberarse del control jázaro y establecer su capital en Bolghar, cerca de la moderna Kazán. Esta ubicación estratégica facilitó el comercio con grupos étnicos diversos, lo que, a su vez, impulsó su crecimiento económico. La derrota de los jázaros a manos del príncipe Sviatoslav de Kiev en el siglo X marcó el fin de la influencia jázara y consolidó la independencia de los búlgaros [2].

Al hablar de la Horda de Oro y su relación con la expansión del Islam, es importante recordar que esta confederación mongola, fundada en el siglo XIII bajo el liderazgo de Batu Khan, nieto de Gengis Khan, tuvo un impacto profundo en la historia de la región. Aunque al principio los mongoles persiguieron las prácticas islámicas, con el tiempo comenzaron a aceptar el Islam, sobre todo tras la conversión de Ghazan Khan en 1295. Para el siglo XIV, bajo el gobierno de Uzbek Khan, la Horda de Oro adoptó el Islam como religión oficial, lo que permitió una mayor integración de la cultura islámica en la sociedad mongola [18].

Esta aceptación del Islam por parte de los mongoles no solo influyó en la arquitectura, con la construcción de mezquitas y escuelas, sino que también fomentó una síntesis cultural mongol-islámica que tuvo un impacto duradero en Asia Central y más allá. La era de la Horda de Oro fue un período en el que la cultura islámica floreció en las regiones bajo su control, creando un clima de tolerancia religiosa que perduró durante siglos [3].

Ya en el contexto del Kanato de Crimea, que surgió en el siglo XV, vemos cómo el Islam continuó su expansión en la región, especialmente en el Cáucaso y el sur de Rusia. Con el respaldo del Imperio Otomano, los tártaros de Crimea buscaron convertir a las poblaciones locales, lo que contribuyó a la creación de comunidades musulmanas en la región. A pesar de

las tensiones políticas con Rusia, el Kanato jugó un papel clave en la expansión del Islam durante los siglos XV y XVI.

Cuando consideramos la relación entre el Islam y el Imperio Ruso, no podemos pasar por alto la conquista de Kazán en 1552 bajo el mando de Iván el Terrible, que marcó el inicio de un largo proceso de interacción entre el estado ruso y sus poblaciones musulmanas. A lo largo de los siglos, el Imperio Ruso trató de consolidar su dominio sobre las regiones musulmanas, implementando diversas políticas para integrar estas comunidades en su estructura imperial.

Durante la era soviética, la práctica del Islam estuvo sujeta a una represión significativa, con la clausura de mezquitas y la prohibición de actividades religiosas fuera de los espacios designados. Sin embargo, a pesar de la política oficial de ateísmo del Estado, las comunidades musulmanas continuaron manteniendo sus identidades a través de la resistencia y las prácticas clandestinas.

Después de la disolución de la Unión Soviética en 1991, se produjo un resurgimiento del Islam en Rusia y los estados de la CEI. Muchas comunidades musulmanas comenzaron a restaurar sus tradiciones religiosas, lo que llevó a la construcción de nuevas mezquitas y al establecimiento de instituciones educativas islámicas. A pesar de los desafíos contemporáneos, como la islamofobia y las tensiones étnicas, el Islam sigue desempeñando un papel crucial en la vida de millones de personas en la región [2].

La relación histórica entre el Islam y el Estado ruso ha sido compleja y multifacética, evolucionando significativamente desde la era zarista, pasando por el período soviético, hasta llegar a la actualidad. Tras la conquista de Kazán por Moscú en 1552, el Islam en la región experimentó una transformación notable. Los musulmanes, clasificados como "inorodtsy" (lo que significa "extranjeros" o "otros"), se vieron relegados a comunidades rurales, lo que afectó su dinámica social y sus prácticas religiosas. En estos entornos predominantemente rurales, tanto los tártaros como los campesinos rusos se identificaban con su espacio local y sus identidades culturales, y los tártaros comenzaron a identificarse como "musulmanes" más que por su etiqueta étnica hasta principios del siglo XX.

En cuanto a las dinámicas históricas más amplias, la relación del Estado ruso con el Islam ha fluctuado entre la tolerancia y la represión, influenciada por las circunstancias políticas y los gobernantes de turno. El principio articulado en el Tratado de Augsburgo de 1555, que sostenía que "el que gobierna decide la fe de su reino", sentó un precedente para la política confesional que influiría en el trato al Islam dentro del imperio. A lo largo de los siglos, las políticas estatales variaron: en ocasiones se ofrecían incentivos para la conversión, como

exenciones del servicio militar y recompensas financieras, mientras que en otros momentos se suprimían de manera agresiva las prácticas e instituciones islámicas [33].

Bajo el reinado de Pedro I, se produjo un cambio hacia el absolutismo temprano, lo que conllevó una mayor intolerancia hacia las religiones no cristianas. Esta tendencia continuó en los siglos siguientes, aunque también surgieron períodos de mayor apoyo estatal a las prácticas islámicas, especialmente en el siglo XIX, cuando líderes religiosos tártaros recibieron respaldo del gobierno en sus esfuerzos por promover la piedad islámica.

Durante la era soviética, el Islam fue percibido tanto como una amenaza potencial como una herramienta para la manipulación estatal. El régimen osciló entre la represión y los intentos de cooptar las instituciones islámicas con fines políticos, con casos notables de académicos reformistas que fueron perseguidos, mientras que otros recibieron apoyo estatal. Figuras como Taufik Ibragim emergieron como voces que abogaban por una interpretación más liberal del Islam, intentando reconciliar los principios islámicos con el panorama socio-político de la Rusia moderna. El legado de estas dinámicas históricas ha resultado en un modo distintivo de regular el Islam en Rusia, donde las instituciones estatales no solo juegan un papel en la regulación, sino también en la conformación de la identidad religiosa dentro de las comunidades musulmanas [21].

En la actualidad, el Islam es reconocido como una fuerza política significativa en Rusia, especialmente en regiones como el Cáucaso Norte, donde los movimientos radicales han ganado visibilidad. Esto ejerce presión sobre las políticas gubernamentales, obligando a las autoridades a reconsiderar sus enfoques hacia la actividad islámica.

En cuanto a la demografía, en 2012 se estimaba que el número de musulmanes en Rusia era de aproximadamente 9,4 millones de personas, lo que representaba alrededor del 6,5% de la población total. Sin embargo, esta cifra no incluía las poblaciones de dos sujetos federales, Chechenia e Ingusetia, que tienen mayorías predominantemente musulmanas y juntas suman casi 2 millones de personas. Para 2018, el gran muftí de Rusia, el jeque Rawil Gaynetdin, afirmó que la población musulmana había aumentado a unos 25 millones. Entre estos musulmanes, aproximadamente 6,7 millones, o el 4,6% de la población total de Rusia, no están afiliados a ninguna escuela o rama específica del Islam, lo que refleja una tendencia hacia una mayor independencia respecto a las divisiones sectarias. La mayoría son musulmanes sunitas [14].

En cuanto a las proyecciones futuras, se espera que para el año 2035 los musulmanes representen el 30% de la población de Rusia, impulsados por las altas tasas de natalidad en regiones de mayoría musulmana como Tartaristán y el Cáucaso Norte. La tasa de fertilidad

entre las familias musulmanas, con un promedio de 2,9 hijos por mujer, supera las tasas de otros grupos religiosos, lo que contribuye a un rápido crecimiento de la población. Además del crecimiento natural, la migración también juega un papel crucial en la configuración del perfil demográfico del Islam en Rusia. Muchos musulmanes de Asia Central se han trasladado a Rusia, lo que refuerza aún más la comunidad. Como resultado de estas tendencias, se espera que la necesidad de nuevas mezquitas e instituciones islámicas aumente en los centros urbanos del país [14].

En el ámbito cultural, el Islam sigue desempeñando un papel importante en la vida cotidiana de la Rusia moderna y los países de la Comunidad de Estados Independientes (CEI). Influye en diversos aspectos de la vida social, las prácticas comunitarias y el diálogo interreligioso.

El diálogo interreligioso es esencial para fomentar la cooperación entre diversas tradiciones religiosas. Estas interacciones promueven el entendimiento y la aceptación de las diferencias culturales, contribuyendo en última instancia a sociedades más inclusivas y pacíficas. Estas iniciativas son especialmente importantes para alcanzar los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de las Naciones Unidas, como el ODS 11, que subraya la importancia del patrimonio cultural en la creación de ciudades inclusivas. Participar en estas iniciativas permite a las comunidades construir relaciones, respetar las identidades culturales de los demás y colaborar en desafíos compartidos.

En este contexto, es interesante observar el fenómeno del lenguaje islámico en Rusia, donde se ha desarrollado un léxico que fusiona la terminología islámica con el idioma ruso. Este desarrollo refleja las complejidades de la traducción cultural y las dinámicas postcoloniales, donde el idioma ruso, visto a menudo como dominante, se entrelaza con las expresiones culturales islámicas. A veces, las terminologías islámicas adoptan vocabulario de la Iglesia Ortodoxa, lo que puede reforzar narrativas hegemónicas [15].

Otro aspecto relevante es la revitalización de los rituales islámicos. Rituales como el "Resurrecturis", que se celebran mensualmente en cementerios, destacan la interacción entre tradición y modernidad en el espacio público. Estos rituales, anunciados públicamente, ayudan a revivir prácticas tradicionales, haciéndolas accesibles y significativas para la comunidad.

Sin embargo, la integración cultural no está exenta de desafíos. A pesar de la rica contribución del Islam a la cultura, surgen conflictos, especialmente cuando actitudes culturales chocan, como es el caso de los inmigrantes de Asia Central en Rusia. Abordar estos malentendidos mediante el diálogo comunitario es crucial para fomentar relaciones armoniosas entre diferentes grupos.

En el ámbito económico, el Islam juega un papel significativo en la configuración del paisaje económico de Rusia y la CEI. El resurgimiento del Islam tras la caída de la Unión Soviética ha llevado a la aparición de poblaciones musulmanas que contribuyen activamente a varios sectores de la economía. La cooperación entre Rusia y las naciones islámicas ha visto un aumento dramático en el intercambio comercial, con colaboraciones destacadas con países como Turquía, Irán y otros estados musulmanes como Argelia y Egipto [22]. Sin embargo, también existen desafíos, como las disparidades de ingresos y el desempleo entre los jóvenes en las comunidades musulmanas. Las condiciones socioeconómicas de la región suelen caracterizarse por diferencias críticas en la distribución del ingreso, lo que se correlaciona estrechamente con la inestabilidad y la violencia [40].

Las relaciones entre el mundo islámico y la Europa cristiana durante la Edad Media, que abarca desde el siglo VII hasta el XV, fueron una mezcla compleja de intercambio intelectual y conflicto. Durante esta época, los eruditos árabes jugaron un papel crucial en la preservación y expansión del legado griego. La transmisión de este conocimiento a Europa se realizó a través de centros de traducción en España y Sicilia, que prosperaron bajo el dominio musulmán desde el siglo VIII hasta el XV.

No obstante, este periodo también estuvo marcado por importantes enfrentamientos, como las Cruzadas (1095–1291) y la Reconquista (siglo XV). Estos eventos históricos reflejan la dualidad de las relaciones de la época, donde se dio tanto la fertilización de ideas como la presencia de tensiones y conflictos que acompañaron a estas interacciones.

Con el final del siglo XV, especialmente con la recuperación de España del dominio musulmán en 1492, se produjo un cambio significativo en la historia islámica. Durante el periodo que va del siglo XV al XIX, conocido por las diferentes fases como la era de los Califos Proféticos y Guiados, la era Omeya y la era Abbasí, el mundo islámico mostró una notable curiosidad intelectual y una integración creativa de influencias de las culturas persa e india, además de las fundamentales tradiciones filosóficas griegas.

Con la transición al siglo XX, el régimen soviético introdujo desafíos únicos para las comunidades musulmanas dentro del antiguo Imperio Ruso. A pesar de los intentos de los bolcheviques por integrar estas regiones en la Unión Soviética, enfrentaron dificultades al imponer una ideología uniforme en territorios con tradiciones islámicas profundas. La política de ateísmo del estado entró en conflicto con las prácticas religiosas de las poblaciones predominantemente musulmanas, lo que llevó a una disminución significativa en el número de mezquitas operativas, reduciéndose de aproximadamente 25,000 en el momento de la Revolución Bolchevique a solo 500 para la década de 1970 [29].

Este contexto histórico ha sentado las bases para los problemas contemporáneos que enfrentan las comunidades musulmanas en Rusia y la CEI, ya que los vestigios de este pasado complejo continúan influyendo en las dinámicas socio-políticas actuales.

En cuanto a la demografía actual, el panorama de la población musulmana en Rusia y la CEI está determinado por factores complejos, como los patrones migratorios, las tasas de fertilidad y la distribución por edades. En los últimos años, la población musulmana en Rusia ha experimentado un crecimiento notable, impulsado por tasas de fertilidad más altas en comparación con los grupos no musulmanes y un perfil demográfico relativamente joven.

Las mujeres musulmanas en Rusia suelen tener tasas de fertilidad más altas que sus contrapartes no musulmanas, contribuyendo al crecimiento de la población musulmana. En promedio, las mujeres musulmanas tienen aproximadamente 2.9 hijos, superando la media de 2.6 para los cristianos y 2.2 para los no musulmanes en general. Esta ventaja demográfica es significativa en un país donde la disminución de las tasas de natalidad es una preocupación nacional. La distribución por edades también juega un papel crucial en las tendencias demográficas. La edad media de los musulmanes es significativamente más baja que la de los no musulmanes, con una edad media estimada de 24 años para los musulmanes frente a 32 años para los no musulmanes [47]. Este perfil demográfico más joven es probable que mantenga el crecimiento de la población, dado que una mayor proporción de la población musulmana está en sus años de fecundidad [37].

Los patrones migratorios también han influido en la demografía de los musulmanes en Rusia y la CEI. Muchos musulmanes de países de Asia Central, como Uzbekistán y Tayikistán, migran a Rusia en busca de oportunidades laborales. Esta afluencia ha llevado a un aumento notable en la población musulmana en áreas urbanas, particularmente en ciudades como Moscú y Kazán. Aunque se espera que estos patrones migratorios continúen, están sujetos a fluctuaciones basadas en condiciones políticas y oportunidades económicas.

De cara al futuro, se espera que la población musulmana en Rusia y la CEI continúe con su trayectoria de crecimiento. Factores como las altas tasas de fertilidad entre los musulmanes y la llegada de trabajadores migrantes contribuirán a un cambio demográfico, especialmente en regiones con comunidades musulmanas significativas. Sin embargo, la tasa de crecimiento podría verse moderada por tendencias demográficas más amplias, como el envejecimiento de la población y la disminución de las tasas de fertilidad en otros segmentos de la sociedad. El crecimiento proyectado de la población musulmana es indicativo de las tendencias globales más amplias observadas en la comunidad musulmana, donde se espera que los aumentos poblacionales continúen debido a patrones demográficos similares en otros

países. Comprender estas dinámicas es esencial para abordar los desafíos y oportunidades que podrían surgir de este cambiante paisaje demográfico en Rusia y la CEI [47].

En cuanto a los desafíos socio-políticos, la región del MENA está marcada por tensiones étnicas, tribales y sectarias que a menudo conducen a la violencia, independientemente de las motivaciones religiosas. Las interacciones críticas entre varios grupos, como kurdos, árabes, iraníes y turcos, son tan vitales como las diferencias sectarias, exacerbando los conflictos existentes y los problemas de gobernanza. Estas tensiones se amplifican aún más por una población joven y en rápido crecimiento que enfrenta altas tasas de desempleo, especialmente entre los jóvenes, con algunos países como Túnez experimentando tasas de desempleo juvenil de hasta el 40% [48].

La mala gobernanza es un factor importante que contribuye al descontento interno en muchos estados del MENA. Los países con una gobernanza ineficaz a menudo experimentan una mayor inestabilidad y violencia. La corrupción juega un papel paralelo al desencadenar protestas masivas y descontento con los regímenes, como lo destacan los rankings de corrupción de Transparency International, que colocan a países como Siria y Yemen entre los más corruptos a nivel mundial. La correlación entre altos niveles de corrupción y agitación social sugiere un problema cíclico que requiere atención urgente.

La región también enfrenta disparidades económicas evidentes, exacerbadas por ingresos per cápita bajos y una distribución desigual de ingresos entre varios grupos sociales y étnicos. Las diferencias en la distribución de la riqueza entre áreas urbanas y rurales, así como entre diferentes grupos étnicos, alimentan aún más las tensiones y contribuyen a la inestabilidad general de la región. Factores económicos como la pobreza y las oportunidades económicas inadecuadas a menudo se citan como causas fundamentales de violencia y extremismo, que pueden perpetuar ciclos de agitación [44].

El crecimiento de la población ha ejercido una inmensa presión sobre recursos como la tierra cultivable y el agua, lo que ha llevado a la hiperurbanización y al surgimiento de grandes barrios marginales en áreas urbanas. El rápido aumento de la población desde 1950 hasta 2010, proyectado para crecer en un 70% adicional para 2015, ha contribuido a la agitación social y ha puesto aún más presión sobre los recursos educativos e infraestructurales. Estos cambios demográficos no solo han afectado las condiciones de vida, sino que también han intensificado las tensiones sectarias, étnicas y tribales a medida que las comunidades luchan por adaptarse a los cambios rápidos [48].

En cuanto a la juventud y el empleo, el "exceso de juventud" en la región presenta tanto desafíos como oportunidades. Sin embargo, los altos niveles de desempleo y subempleo entre

los jóvenes contribuyen a sentimientos de desilusión y frustración, que pueden llevar a la radicalización y la violencia [44]. A medida que los jóvenes enfrentan la falta de oportunidades laborales, su potencial para la agitación social aumenta, representando un desafío significativo para los gobiernos de la región.

El panorama económico en Rusia y la CEI ha enfrentado numerosos desafíos en el siglo XXI, especialmente en relación con la migración laboral, la integración de trabajadores migrantes y las dinámicas cambiantes en las asociaciones económicas. Tras la pandemia, se ha observado una tendencia notable de migrantes, especialmente de países con estándares de vida más bajos, que regresan a Rusia en busca de mejores salarios. Aunque los salarios en Rusia pueden no ser altos según los estándares locales, se consideran sustanciales en muchos de estos países. Según el experto Aleksandr Scherbakov, esta migración de retorno podría estabilizar las carencias laborales en varios sectores, especialmente en la construcción, donde se ha reportado un déficit significativo de trabajadores debido a las restricciones a la migración laboral desde las repúblicas soviéticas. Esta escasez ha tenido efectos negativos inmediatos, como retrasos en la finalización de proyectos y una posible congelación en nuevos desarrollos.

Las consecuencias de la escasez de trabajadores migrantes se pueden categorizar en efectos a corto y largo plazo. A corto plazo, las pequeñas y medianas empresas pueden enfrentar dificultades con la falta de personal, especialmente en sectores de mano de obra poco cualificada, lo que podría llevar a recortes en la producción o incluso a la salida del mercado. Sin embargo, Scherbakov también sugiere que la perspectiva a largo plazo puede ser más positiva. A medida que los empleadores se vean obligados a ajustar sus estrategias, podrían surgir oportunidades para que trabajadores locales ocupen los puestos vacantes, lo que eventualmente podría llevar a una mayor estabilidad en el mercado laboral y a la reducción de la dependencia de la mano de obra migrante.

En cuanto a las mujeres musulmanas migrantes en Rusia, el panorama es mixto. Aunque se enfrenta a desafíos significativos, como la discriminación y la explotación laboral, también se están realizando esfuerzos para mejorar sus condiciones. Se estima que un porcentaje notable de trabajadoras migrantes están empleadas en sectores de baja cualificación con salarios bajos, con un 27% ganando menos del salario mínimo [44]. Las condiciones de trabajo precarias y la explotación son problemas persistentes, exacerbados por la falta de protección legal adecuada y el estigma asociado a las trabajadoras migrantes. A pesar de estas dificultades, las mujeres migrantes están creando redes de apoyo en sus comunidades y están participando activamente en el activismo en línea para mejorar sus condiciones de vida y laborales [32].

Las relaciones del mundo islámico con Rusia siempre han sido muy estrechas. Los países musulmanes y Rusia comparten fronteras terrestres y marítimas. Seis repúblicas de la antigua URSS que formaron parte del mismo estado con Rusia durante muchos años — Azerbaiyán, Turkmenistán, Kirguistán, Uzbekistán, Kazajistán, Tayikistán— están habitadas predominantemente por musulmanes. La Federación Rusa incluye ocho repúblicas musulmanas —Adigueya, Daguestán, Ingusetia, Kabardino-Balkaria, Karacháyevo-Cherkesia y Chechenia, Bashkortostán y Tartaristán. Una parte de la población de Osetia del Norte (Alania) también practica el Islam. Las áreas de mayor concentración de musulmanes son tradicionalmente el Cáucaso Norte, el Volga y el Centro de la parte europea de Rusia. En Rusia viven unos 20 millones de musulmanes.

En un tema tan delicado como la religión, el Estado moderno trata de mantener una tolerancia generalizada. La proporción de la población eslava (así como su número total) en Rusia disminuye constantemente. Según los censos, la cantidad total de representantes de pueblos tradicionalmente islámicos era de 7 millones de personas (6 % de la población de Rusia) en 1959; 9 millones (7 %) en 1970; 10 millones (8 %) en 1979; 15 millones (10 %) en 1989; y 15 millones (10 %) en 2002. Si esta tendencia continúa, en 2020 Rusia tendrá 130 millones de habitantes, de los cuales 20 millones serán "musulmanes étnicos" (15 % de la población). Para 2050, la población será de 110 millones, de los cuales 30 millones serán "musulmanes étnicos" (27 %), y para 2100 habrá 90 millones de habitantes, al menos la mitad de los cuales serán "musulmanes étnicos" [38]. Sin embargo, la tendencia de crecimiento de la población musulmana está fuertemente subestimada. Rusia está siendo abrumada por una masiva migración, tanto legal como ilegal, desde países tradicionalmente musulmanes, la cual es difícil de contabilizar. Según estimaciones mínimas, solo en Moscú hay entre uno y dos millones de migrantes ilegales musulmanes étnicos .

Esta tendencia ya no puede pasar desapercibida por la ciencia y la sociedad, ya que con tal ritmo de crecimiento del Islam en la Federación Rusa, corremos el riesgo de tener, para el año 2050, más del 80 % de musulmanes entre la población, mientras que la religión más común en Rusia es el cristianismo ortodoxo [8].

El declive de la religión en Rusia está estrechamente vinculado al surgimiento de la Unión Soviética y las Revoluciones de Octubre. Antes de la Revolución, durante la época del zarismo, Rusia mantenía buenas relaciones con Europa, y la religión ortodoxa, junto con las tradiciones, ocupaban un lugar central en la vida social y política del país. Sin embargo, con la llegada del régimen soviético, que promovía una visión global basada en la conquista del espacio, la unificación de los proletarios de todos los países y otros ideales de progreso, se

decidió eliminar todo lo que, en ese momento, se consideraba un obstáculo para el avance. Así, la religión, incluyendo tanto el islam como el cristianismo ortodoxo, fue marginada en nombre del trabajo y la consecución de objetivos materialistas.

Durante la existencia de la URSS, se realizó un esfuerzo sistemático para suprimir las prácticas religiosas. El islam, al igual que otras religiones, fue objeto de represión, y sus seguidores vieron reducida su capacidad para practicar abiertamente su fe. Como resultado, los musulmanes que vivieron en Rusia antes y después de la era soviética son significativamente diferentes. Aquellos que vivieron después de la disolución de la URSS tienden a conservar la religión principalmente como una tradición cultural, y muchos de ellos ya no conocen a qué escuela jurídica o "madhab" pertenecen, o si siguen la corriente sunita o chiita.

En el contexto actual, con la disminución de la población en Rusia y las buenas relaciones con Asia Central, se observa una creciente inmigración de musulmanes a Rusia. Para ellos, se están abriendo mezquitas específicamente para acomodar sus necesidades religiosas, y un número creciente de personas en Rusia están adoptando el islam. Este fenómeno refleja tanto la influencia de la demografía como la evolución de la diversidad religiosa en la Rusia contemporánea.

1.4 Modelos de Islamización: Causas y Mecanismos del Proceso de Islamización

Las teorías de la islamización exploran los diversos procesos mediante los cuales las creencias, prácticas y estructuras de gobernanza islámicas penetran en distintas sociedades. La islamización ha sido un fenómeno sociocultural significativo desde las primeras conquistas islámicas del siglo VII, cuando el dominio musulmán se expandió por Asia, África y Europa. Esta expansión no fue impulsada únicamente por un fervor religioso; involucró interacciones complejas con las culturas locales y las estructuras de poder existentes, moldeando diversas expresiones de identidad islámica a lo largo de la historia

Las teorías de la islamización exploran los diversos procesos mediante los cuales las creencias, prácticas y estructuras de gobernanza islámicas penetran en distintas sociedades. La islamización ha sido un fenómeno sociocultural significativo desde las primeras conquistas islámicas del siglo VII, cuando el dominio musulmán se expandió por Asia, África y Europa. Uno de los métodos más efectivos en esta fase inicial fue la conquista militar, que permitió a los primeros califatos islámicos establecer control sobre vastos territorios. Estas conquistas no se limitaron a la imposición de la religión, sino que involucraron un sistema más complejo de integración de las estructuras de poder locales y la conversión gradual de las élites, lo cual fue fundamental para la penetración profunda del islam en regiones como Persia y el norte de

África. Sin embargo, estas conquistas no fueron impulsadas únicamente por un fervor religioso; involucraron interacciones complejas con las culturas locales y las estructuras de poder existentes, moldeando diversas expresiones de identidad islámica a lo largo de la historia.

El comercio también jugó un papel central como método de islamización, particularmente en regiones fuera del alcance de las conquistas directas, como en el sudeste asiático. Desde el siglo VIII, comerciantes musulmanes comenzaron a establecer enclaves comerciales, facilitando no solo el intercambio de bienes, sino también la transmisión de ideas y creencias islámicas. Estos contactos resultaron en la conversión de líderes locales a través de alianzas comerciales y matrimonios interétnicos, lo que ayudó a establecer sultanatos islámicos en regiones como Indonesia y Malasia para el siglo XIV. Además, la Ruta de la Seda actuó como un medio vital para la difusión del islam a través de Asia Central, lo que muestra que las rutas comerciales funcionaron como canales efectivos de islamización cultural y religiosa.

A lo largo de los siglos, el sufismo, una forma mística del islam, emergió como otro método clave para la islamización. Los sufíes, mediante su enfoque en la espiritualidad y las relaciones interpersonales, establecieron redes que cruzaban fronteras y unían regiones alejadas del poder central islámico. A diferencia de los enfoques militares o comerciales, los sufíes lograron una islamización gradual al integrar sus enseñanzas con las tradiciones locales y al atraer a las masas a través de sus prácticas espirituales accesibles. Este proceso fue especialmente visible en India, donde la interacción entre las órdenes sufíes y las comunidades hindúes locales facilitó una islamización paulatina y pacífica. Las redes de sufismo también influyeron en África occidental, donde el islam se extendió sin necesidad de conquistas militares, a través de predicadores y líderes carismáticos como los de la orden Qadiriyya.

La periodización posterior al establecimiento del dominio musulmán fue testigo de intercambios culturales y religiosos significativos. Las políticas matrimoniales y alianzas estratégicas también desempeñaron un papel importante en la islamización, sobre todo en contextos donde los conquistadores musulmanes se casaban con mujeres locales, lo que no solo consolidaba el poder político, sino que también promovía la conversión al islam de nuevas generaciones. Las familias resultantes de estos matrimonios a menudo ocupaban posiciones de poder, lo que les permitía difundir las normas y valores islámicos a través de las estructuras sociales y políticas de sus sociedades. Este tipo de islamización era menos conflictivo y más integrado, y fue particularmente efectivo en regiones como el Magreb y partes de Asia Central [36].

En cuanto a los métodos institucionales, los califatos posteriores desarrollaron sistemas administrativos y jurídicos basados en la Sharia, lo que facilitó la islamización de las

sociedades conquistadas. En muchos casos, la conversión al islam traía beneficios fiscales, como la exención de la jizya, el impuesto a los no musulmanes, lo que incentivaba la conversión de manera indirecta. Este sistema fue utilizado por los Omeyas y los Abásidas, y más tarde por los otomanos, para estabilizar su control sobre regiones diversas y multiculturales. A través de las madrasas, o escuelas islámicas, se institucionalizó la enseñanza del islam, que no solo formaba a los futuros líderes religiosos, sino que también transmitía las normas sociales y culturales que cimentaban la identidad islámica en las nuevas generaciones.

Durante el período colonial y poscolonial, surgieron nuevas estrategias de islamización más políticas y sociales. En contextos coloniales, como el del norte de África y el sur de Asia, la islamización se articuló como una respuesta a la dominación extranjera, y los movimientos de resistencia nacionalista a menudo se alinearon con ideales islámicos. La islamización a través de la política fue notable en movimientos como los Hermanos Musulmanes en Egipto o el Jamaat-e-Islami en Pakistán, que buscaron crear estados modernos basados en principios islámicos [19]. Este proceso reflejó una forma de islamización donde el control del estado y la implementación de la ley islámica se convirtieron en objetivos centrales.

En el contexto contemporáneo, la migración y las diásporas también han facilitado un nuevo tipo de islamización. Los movimientos migratorios desde países de mayoría musulmana hacia Europa y América del Norte han dado lugar a la creación de comunidades musulmanas en sociedades secularizadas. Aquí, la islamización no ocurre a través de conquistas ni políticas estatales, sino a través de la creación de redes de apoyo social y cultural dentro de estas comunidades migrantes, y a veces mediante el establecimiento de instituciones islámicas como mezquitas, centros comunitarios y escuelas. En estos contextos, la islamización no implica la conversión de la sociedad en su conjunto, sino la consolidación de la identidad islámica dentro de una minoría significativa, con una creciente influencia sobre las políticas de integración y pluralismo cultural [11].

Otro método contemporáneo es la islamización a través de los medios de comunicación y la tecnología. En la era digital, la propagación del islam se ha facilitado a través de plataformas en línea que permiten la enseñanza, la discusión y la difusión de ideas islámicas en tiempo real, conectando a comunidades musulmanas globales. Las redes sociales y los sitios web especializados han permitido que los musulmanes compartan sus interpretaciones del islam, promuevan la práctica religiosa y refuercen identidades islámicas en un entorno donde el islam puede coexistir con las influencias culturales de las sociedades mayoritariamente no musulmanas [30]. Esta forma de islamización es sutil pero efectiva, al fomentar la pertenencia a una umma global.

Finalmente, un desafío para la islamización en la era moderna es el contrapunto de la radicalización. Mientras que el islam en su mayoría se expande de manera pacífica y cultural, la radicalización de ciertos grupos ha dado lugar a una islamización más agresiva y violenta en algunas regiones, como el caso del Estado Islámico (ISIS), que intentó imponer un califato a través de la violencia. Este tipo de islamización, sin embargo, es rechazado por la gran mayoría de los musulmanes y representa una distorsión de los métodos históricos y contemporáneos de expansión pacífica del islam.

En conclusión, los métodos de islamización han sido variados y adaptados a los contextos históricos y geográficos. Desde las conquistas militares y las rutas comerciales hasta las redes sufíes, las políticas matrimoniales, las estructuras administrativas y la influencia contemporánea a través de los medios de comunicación y la migración, la islamización ha sido un proceso continuo y multifacético. Aunque algunos intentos más radicales han ensombrecido estos esfuerzos en tiempos recientes, el islam sigue expandiéndose principalmente a través de métodos pacíficos, culturales y sociales, reflejando su capacidad para adaptarse y coexistir en diversas sociedades a lo largo de la historia.

1.5 Influencia de la migración, las relaciones internacionales y la política interna

El Imperio Ruso, particularmente bajo el reinado de Catalina la Grande, buscó mantener la estabilidad y legitimidad entre sus diversos súbditos, incluidos los significativos grupos musulmanes que formaban parte de su población. Para lograr este objetivo, el Estado intentó integrar a estas comunidades dentro del marco imperial presentándose como un protector de los valores islámicos. Este enfoque permitió reforzar la autoridad de los líderes religiosos locales, conocidos como los *ulama*, que alinearían sus intereses con los del Estado y los orientalistas rusos. En este sentido, el Imperio buscaba legitimar su dominio entre los musulmanes, presentándose como un garante de la paz y la protección de sus costumbres religiosas. Catalina la Grande promovió una política de respeto hacia las instituciones religiosas musulmanas, permitiendo la construcción de mezquitas y fomentando el diálogo con líderes islámicos, todo ello para asegurar la lealtad de las regiones musulmanas del imperio, particularmente en territorios como el Cáucaso y Crimea, donde la población musulmana era significativa.

En los últimos años, la islamización ha emergido como una característica notable de la migración musulmana a Rusia. Las primeras olas de trabajadores migrantes procedentes de Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán a menudo mostraban comportamientos contrarios a las prácticas islámicas tradicionales, como el consumo de alimentos no halal, el alcohol y la falta

de asistencia regular a las mezquitas. Muchos migrantes de esta etapa tampoco observaban estrictamente el ayuno del Ramadán. Sin embargo, con el tiempo, a medida que estas comunidades de migrantes comenzaron a organizarse y a desarrollarse una clase media en Asia Central, el islam comenzó a desempeñar un papel más relevante en sus vidas cotidianas. Este cambio ayudó a consolidar la comunidad musulmana, preservando su identidad etno-religiosa y sirviendo como una defensa frente al creciente sentimiento nacionalista ruso que ha caracterizado la vida política del país en las últimas décadas.

El crecimiento de la población musulmana en Rusia es un fenómeno relevante que merece atención. Según los últimos censos, los musulmanes representan aproximadamente el 10-15% de la población del país, con regiones como Tartaristán, Bashkortostán y el Cáucaso Norte teniendo una presencia musulmana mayoritaria. Esta demografía ha cambiado significativamente en los últimos tiempos debido a las oleadas migratorias provenientes de países de Asia Central y el Cáucaso, lo que ha generado una mayor visibilidad del islam en las principales ciudades de Rusia, incluyendo Moscú y San Petersburgo. En estos centros urbanos, la comunidad musulmana ha establecido mezquitas, centros culturales y asociaciones que han fortalecido su presencia y han facilitado la integración de nuevos migrantes, aunque también han contribuido a tensiones intercomunitarias.

Las autoridades islámicas tradicionales han perdido influencia entre la población musulmana más joven en Rusia. Los líderes tradicionales a menudo son percibidos como desconectados de las preocupaciones contemporáneas y no logran atraer a los jóvenes musulmanes que buscan interpretaciones más actuales del islam, alineadas con los eventos locales y globales. Esta desconexión generacional ha abierto un espacio para movimientos salafistas y otros grupos radicales, que a menudo se ven como capaces de ofrecer respuestas satisfactorias a las preocupaciones de los jóvenes musulmanes que viven en una Rusia moderna y en transformación. Estas corrientes más radicales no solo ofrecen interpretaciones religiosas, sino que también representan una forma de protesta ante las dificultades sociales y económicas que enfrentan los musulmanes en Rusia, como la discriminación, la falta de oportunidades laborales y la exclusión social.

El proceso de islamización no es solo un fenómeno interno, sino que también está vinculado a dinámicas internacionales. En las últimas décadas, el islam se ha politizado en varias regiones de la antigua Unión Soviética, como Tayikistán, donde la guerra civil en los años 90 dejó una huella duradera, o en Uzbekistán, donde el levantamiento de Andiján en 2005 fue un ejemplo de cómo el islam se convirtió en una plataforma para establecer un orden basado en principios islámicos de justicia. Muchos de los musulmanes que han sido perseguidos

políticamente en sus países de origen han buscado refugio en Rusia, integrándose en la creciente población de migrantes laborales. Este ambiente ha contribuido a la evolución de las prácticas islámicas y a la organización de la comunidad musulmana dentro de Rusia, donde las nuevas generaciones buscan un islam que pueda responder a los desafíos del mundo moderno, mientras que los movimientos más conservadores y radicales aprovechan esta coyuntura.

La islamización en Rusia no puede explicarse solo por la migración y los cambios religiosos. Los factores socioeconómicos también juegan un papel clave. La inestabilidad económica, el desempleo y la falta de acceso a servicios esenciales como la educación y la atención médica afectan especialmente a las clases sociales más bajas. Estas condiciones generan insatisfacción y, en muchos casos, un sentimiento de desconexión con el Estado ruso. Este descontento puede ser un terreno fértil para la propagación de ideologías radicales que ofrecen soluciones simplistas y un marco de justicia basado en principios religiosos. La creciente disparidad entre las clases sociales en Rusia ha amplificado estas tensiones, y muchos musulmanes ven en el islam una alternativa que puede ofrecer justicia y equidad en una sociedad marcada por la corrupción y las diferencias económicas [23].

La islamización en Rusia también ha tomado una dimensión internacional, especialmente después de los eventos de febrero de 2022 y, antes de eso, desde las protestas del Euromaidán en Ucrania en 2014. Con el aumento del aislamiento de Rusia respecto a los países occidentales y la disminución de los canales diplomáticos tradicionales, el gobierno ruso ha buscado métodos alternativos de comunicación y asociación en el ámbito internacional. Ante el cierre del camino hacia Occidente, ha habido una creciente necesidad de fortalecer lazos con los países musulmanes, incluidos los estados árabes y persas, lo que ha dado una nueva dimensión a la islamización dentro de Rusia.

El gobierno de Vladímir Putin ha visto en estos países una oportunidad para ampliar su influencia geopolítica, buscando alianzas basadas en intereses compartidos y conexiones culturales. Este enfoque refleja un esfuerzo deliberado por diversificar las asociaciones globales de Rusia y mitigar el impacto de las sanciones occidentales. Al fomentar relaciones más estrechas con el mundo musulmán, Rusia busca posicionarse como un actor clave en regiones donde la identidad islámica y la solidaridad religiosa tienen un peso considerable. Esta estrategia no solo tiene implicaciones políticas y económicas, sino también culturales y sociales, ya que, al promover la islamización en su propio país, el gobierno ruso trata de demostrar su respeto y cooperación con el mundo islámico en general [42].

En este contexto, la relación entre Rusia e Irán se ha fortalecido considerablemente. Ambos países han encontrado intereses comunes en varios frentes, desde el conflicto en Siria,

donde ambos apoyan al régimen de Bashar al-Ásad, hasta las sanciones económicas impuestas por Occidente. Para Rusia, la alianza con Irán no solo representa una estrategia geopolítica, sino también un puente hacia el mundo musulmán chií, que a menudo se siente excluido en las políticas globales dominadas por potencias occidentales y sunitas. Esta relación ha permitido a Rusia consolidar su presencia en el Medio Oriente y fortalecer su influencia entre los musulmanes, no solo en la región, sino también dentro de sus propias fronteras.

La islamización en Rusia es, por lo tanto, un fenómeno complejo y multifacético que responde tanto a dinámicas internas como internacionales. Dentro del país, refleja la creciente influencia de las comunidades musulmanas migrantes, así como las tensiones entre modernidad y tradición dentro de la juventud musulmana. A nivel internacional, está relacionada con la estrategia rusa de buscar nuevas alianzas en un mundo cada vez más polarizado. A medida que Rusia continúa su proceso de islamización, ya sea por necesidad geopolítica o por dinámicas sociales internas, la relación entre el cristianismo ortodoxo mayoritario y el islam minoritario dentro del país se vuelve cada vez más crucial, marcando un nuevo capítulo en la historia religiosa y política del país.

La islamización en Rusia está impulsada por varios objetivos estratégicos que se alinean con las metas políticas y sociales más amplias del Estado. Uno de los principales fines es ejercer control estatal sobre el islam y cooptarlo para fines políticos. El gobierno ruso ha establecido *Asociaciones Espirituales de los Musulmanes* (SAM) en cada región de mayoría musulmana para gestionar las prácticas islámicas, supervisar las instituciones religiosas y controlar el conocimiento religioso. Este marco permite al Estado presentar visiones disidentes, como el salafismo o el wahabismo, como formas de extremismo, lo que facilita el mantenimiento de la estabilidad regional y reduce el riesgo de disturbios entre las poblaciones musulmanas. A través de este sistema, el gobierno asegura que el islam en Rusia siga un camino controlado y compatible con los intereses del Estado, evitando que las corrientes más radicales desafíen su autoridad.

Además del control, la *securitización* de las prácticas religiosas es un objetivo crucial. El Estado ha implementado leyes y políticas informales para clasificar los comportamientos fuera de las normas de las SAM como formas de extremismo. Esta estrategia tiene como objetivo prevenir cualquier forma de pensamiento independiente o disidencia que pueda desafiar la autoridad estatal. El enfoque en reprimir el salafismo, a pesar de sus diversas interpretaciones, forma parte de un esfuerzo más amplio para consolidar el control del Estado sobre las prácticas islámicas dentro del país. Este enfoque es particularmente visible en

regiones como el Cáucaso, donde las tensiones religiosas y étnicas han sido históricamente una fuente de conflicto.

Un componente clave de la islamización en Rusia es la modernización del islam. Las autoridades religiosas, como el muftí Ravil Gaynutdin, han destacado la necesidad de modernizar las enseñanzas islámicas para que se adapten a los contextos socioculturales contemporáneos, preservando al mismo tiempo los principios religiosos fundamentales. Este enfoque busca adaptar el islam a las realidades de una sociedad multiétnica y multicultural, abordando cuestiones sociales sin sacrificar las prácticas tradicionales. A través de esta modernización, el gobierno pretende reducir la influencia de interpretaciones más conservadoras que podrían fomentar el radicalismo, al tiempo que asegura que el islam mantenga su relevancia en la sociedad rusa moderna.

Otro objetivo significativo del proceso de islamización es el establecimiento de alianzas económicas y políticas con países de mayoría musulmana. El Kremlin ha priorizado la construcción de asociaciones estratégicas con estos países para mejorar la posición global de Rusia. Las iniciativas de política exterior renovadas subrayan la importancia de los lazos con las naciones islámicas, reflejando una comprensión de los beneficios geopolíticos que estas relaciones pueden ofrecer. Al fortalecer su compromiso con los países musulmanes, Rusia busca posicionarse como un jugador clave en el escenario internacional, al tiempo que atiende las necesidades de sus propias poblaciones musulmanas.

En este contexto, la figura de Ramzán Kadýrov, líder de Chechenia, ha jugado un papel crucial en la estabilización interna del islam en Rusia. Después de años de conflicto en el Cáucaso, Kadýrov fue una figura clave en el proceso de pacificación de Chechenia, utilizando tanto el islam como el poder político para consolidar su liderazgo y garantizar la lealtad a Moscú. Kadýrov ha logrado, a través de su liderazgo, combinar las tradiciones islámicas con la estructura de poder rusa, promoviendo una forma de islam "controlada" que favorece los intereses del Kremlin. Bajo su mando, Chechenia ha pasado de ser un foco de conflicto a convertirse en una de las regiones más leales a Moscú, consolidando aún más la islamización como herramienta de control estatal. Kadýrov ha sido presentado no solo como un líder regional, sino también como una figura clave en la política islámica rusa, lo que le ha permitido asumir un papel más prominente en la política exterior del país hacia el mundo musulmán.

Rusia también ha buscado activamente fortalecer su posición en el mundo islámico a través de su participación en conflictos internacionales donde los países musulmanes están involucrados. Un ejemplo notable es el apoyo que Rusia ha brindado a Siria durante la guerra civil, donde, bajo el liderazgo de Vladímir Putin, el país ha intervenido militarmente para

respaldar al gobierno de Bashar al-Ásad. Este apoyo ha solidificado los lazos con las naciones árabes, particularmente aquellas que ven en Rusia un aliado frente a la intervención occidental. De manera similar, en Libia, Moscú ha buscado influir en el equilibrio de poder respaldando a diferentes facciones para asegurar su influencia en la región del norte de África. Estas acciones no solo refuerzan la imagen de Rusia como defensora de los gobiernos musulmanes aliados, sino que también aseguran su relevancia geopolítica en un mundo islámico dividido.

Aparte de Siria y Libia, Rusia ha sido percibida favorablemente en Afganistán tras la retirada de las fuerzas estadounidenses en 2021. Aunque la relación de Rusia con los talibanes sigue siendo ambigua, el país ha ofrecido su mediación para asegurar la estabilidad en Afganistán, lo que podría consolidar su influencia en Asia Central y el sur de Asia. Los líderes árabes y persas, por su parte, recuerdan el apoyo que Rusia brindó durante momentos clave de sus propios conflictos, consolidando su reputación como una potencia que está dispuesta a intervenir a favor de sus aliados musulmanes cuando sea necesario [16].

CAPÍTULO II. ASPECTOS PRÁCTICOS DE LA ISLAMIZACIÓN EN RUSIA: FASES, ACTORES Y DINÁMICAS HISTÓRICAS

2.1 El Proceso de Islamización: Principales Etapas y Acontecimientos

El Islam ha desempeñado un papel fundamental en la historia de Rusia, influyendo profundamente en diferentes aspectos de la vida social, cultural y política del país desde tiempos remotos. Su llegada a los territorios rusos se remonta al siglo VII, cuando las primeras comunidades musulmanas comenzaron a asentarse en regiones clave como el Cáucaso, la cuenca del Volga y otras zonas estratégicas del sur. A lo largo del tiempo, el Islam no solo echó raíces sólidas en estas áreas, sino que también dejó una profunda huella en las dinámicas comerciales, políticas y sociales que configuraron la Rusia medieval. El proceso de islamización de Rusia es un fenómeno complejo y en constante evolución, que ha sido modelado por una amplia variedad de factores históricos, políticos y sociales que se han desarrollado a lo largo de los siglos. Este proceso de transformación comenzó a mediados del siglo VII, cuando el Islam hizo su primera aparición en la región, y se fue expandiendo paulatinamente por territorios clave, como Daguestán, el Cáucaso, y más tarde, la Bulgaria del Volga, que oficialmente adoptó el Islam como religión del estado en el año 922.

La islamización de Rusia no fue un proceso homogéneo o lineal; al contrario, estuvo marcado por fases de expansión, consolidación y a veces retrocesos, dependiendo de las circunstancias políticas y sociales de cada época. Desde estas raíces iniciales, el Islam comenzó a consolidar su presencia en la región, influyendo profundamente en el panorama político, cultural y religioso a medida que las comunidades musulmanas locales se integraban en el tejido de la sociedad. Este proceso de integración ha implicado de manera continua una negociación compleja entre las comunidades islámicas de la región y el estado ruso, caracterizada por períodos tanto de integración como de tensión, represión, y en ciertas ocasiones, de cooperación. Este intercambio multifacético fue, en muchos casos, una de las principales características del avance del Islam en Rusia.

A medida que la Horda de Oro se afianzaba en el siglo XIII, el Islam se consolidó aún más en las regiones que hoy conforman Rusia. El vasto Imperio Mongol, que incluía una considerable población musulmana, interactuó extensamente con los principados rusos emergentes. Este intercambio entre las fuerzas islámicas y los pueblos eslavos estuvo caracterizado tanto por conflictos violentos como por períodos de cooperación estratégica, que contribuyeron a las dinámicas complejas de la influencia islámica en el norte de Eurasia. Uno de los momentos decisivos para la expansión del Islam en la región fue la fundación del Kanato

de Crimea en 1449, sucesor de la Horda de Oro. Durante su apogeo, el Kanato ejerció una influencia significativa a través de actividades políticas y comerciales que afectaron profundamente las relaciones entre las comunidades musulmanas y el naciente estado ruso. Los saqueos e incursiones en territorios rusos, como el sur de Rusia y Ucrania, por parte de fuerzas tártaras y otomanas, marcaron una era de intensos intercambios culturales y políticos que dieron forma a las relaciones entre el Islam y Rusia durante siglos.

La influencia del Imperio Otomano, que comenzó en el siglo XIII y se extendió durante varios siglos, añadió otra dimensión importante al proceso de islamización en las tierras eslavas. Los otomanos, con su posición geopolítica estratégica que conectaba a Europa con el mundo islámico, facilitaron una serie de intercambios culturales, religiosos y políticos que afectaron profundamente a las regiones fronterizas de Rusia. La expansión y hegemonía del Imperio Otomano, simbolizada por la conquista de Constantinopla en 1453, creó un entorno de intercambio que permitió la difusión de ideas, prácticas y tradiciones islámicas en las tierras del este de Europa. Los logros arquitectónicos, educativos y culturales otomanos dejaron un legado duradero, que influyó en las formas de practicar el Islam en las comunidades musulmanas de Rusia.

En tiempos más recientes, la migración masiva de musulmanes desde países de mayoría islámica en Asia Central ha alterado significativamente la composición de las comunidades musulmanas en Rusia. Esta ola migratoria, proveniente principalmente de naciones como Uzbekistán, Tayikistán y Kirguistán, ha cambiado notablemente el panorama demográfico, especialmente en regiones como el Volga y los Urales, donde se ha notado un resurgimiento de la identidad islámica. Esta oleada de inmigración ha provocado la creación de enclaves culturales, como las "aldeas uzbekas", que no solo reflejan la importancia de la preservación de las prácticas culturales islámicas, sino que también influyen en las culturas locales, dando lugar a interacciones sociales y políticas complejas. Este resurgimiento de la identidad islámica ha revitalizado las discusiones sobre integración y cohesión nacional, así como el debate sobre cómo deben gestionarse estas comunidades en un estado que busca mantener su identidad nacional unificada.

Históricamente, los intentos del estado ruso por controlar o gestionar las comunidades musulmanas locales no siempre fueron efectivos. Los intentos de imponer controles externos desde Moscú generaron a menudo resistencia y malestar entre las comunidades musulmanas. Sin embargo, los esfuerzos por nombrar a líderes musulmanes locales para representar a sus comunidades dentro del sistema de gobierno ruso resultaron en una estrategia más efectiva. Estos líderes, al estar en contacto directo con sus comunidades, tenían un mejor entendimiento

de las dinámicas sociopolíticas locales y, en consecuencia, podían administrar las tensiones de manera más efectiva. Este enfoque contrastaba marcadamente con las políticas de control directo, que frecuentemente resultaban en conflictos y disturbios.

En la Rusia contemporánea, los esfuerzos del estado por fortalecer los lazos con el mundo islámico se han vuelto más evidentes. Estos esfuerzos incluyen la gestión de los flujos de información, la implementación de mecanismos de supervisión espiritual interna, y la promoción de una postura ideológica compartida contra lo que se percibe como la decadencia moral y espiritual de Occidente. Estas estrategias no solo tienen como objetivo fortalecer la cohesión interna, sino también alinear las políticas nacionales con los valores islámicos. En este sentido, el estado ruso ha mostrado un claro interés en integrar principios islámicos en la sociedad rusa como una forma de contrarrestar influencias externas que se consideran perjudiciales.

Un momento crucial en la historia de la islamización de Rusia fue la conquista del Kanato de Kazán en 1552, que incorporó a un gran número de musulmanes, principalmente tártaros y bashkirios, bajo el control del estado ruso. Esta incorporación no solo transformó el paisaje político de la región, sino que también llevó a una serie de políticas estatales que fluctuaban entre la represión y la aceptación. Por ejemplo, durante el reinado de Catalina la Grande, el Islam fue oficialmente reconocido por el estado ruso, y el gobierno adoptó una serie de medidas destinadas a gestionar las poblaciones musulmanas mediante la creación de instituciones controladas por el estado. Al integrar a los clérigos islámicos en el aparato administrativo del imperio, el estado ruso buscaba asegurar la lealtad de sus súbditos musulmanes mientras limitaba la influencia de movimientos islámicos más radicales que podían amenazar el orden establecido.

Sin embargo, la estrategia de nombrar representantes musulmanes a posiciones de autoridad bajo la supervisión del estado no siempre condujo a una verdadera integración. A menudo, estas figuras eran vistas por sus propias comunidades como meros representantes de los intereses del estado ruso, lo que generaba tensiones y resentimientos. Este enfoque, aunque útil en algunos contextos, a veces exacerbaba las divisiones, ya que las comunidades locales se sentían marginadas o manipuladas. Una alternativa más efectiva habría sido fomentar un diálogo directo y respetuoso con los líderes musulmanes locales, construyendo alianzas basadas en intereses compartidos y respeto mutuo. Este tipo de enfoque podría haber llevado a una mayor estabilidad, particularmente en regiones conflictivas como Chechenia y Daguestán.

Durante la era soviética, las políticas hacia el Islam se volvieron cada vez más represivas, impulsadas por una ideología estatal atea que veía todas las religiones, incluido el

Islam, como amenazas potenciales a la autoridad del gobierno central. El estado soviético cerró mezquitas, persiguió a líderes religiosos y suprimió prácticas islámicas a través de campañas ideológicas y restricciones legales. A pesar de estos esfuerzos, el Islam siguió siendo una parte vital de la identidad cultural de muchas comunidades, que continuaron practicando su fe en secreto o adaptando sus tradiciones a las nuevas circunstancias. En áreas como Chechenia, la creciente ola de nacionalismo se fusionó con la identidad islámica, preparando el terreno para futuros conflictos y demandas de mayor autonomía en la era postsoviética.

Tras la caída de la Unión Soviética, el resurgimiento del Islam en Rusia fue notable. Las comunidades musulmanas no solo recuperaron su derecho a practicar libremente su religión, sino que también se vio la emergencia de nuevos movimientos, algunos de ellos más radicales, que encontraron eco entre las generaciones jóvenes, influenciadas por corrientes religiosas y políticas extranjeras. La respuesta del estado ruso ha sido una estrategia de doble vía: por un lado, promover la herencia islámica tradicional y, por otro, controlar estrictamente su expresión para prevenir la radicalización. Este equilibrio delicado ha implicado apoyar formas de Islam que se perciben como compatibles con los intereses del estado, al mismo tiempo que se suprimen aquellas corrientes consideradas peligrosas.

Hoy en día, la islamización de Rusia sigue siendo un proceso activo y dinámico. El estado ha promovido la construcción de mezquitas, la educación islámica, y ha integrado a líderes musulmanes dentro de instituciones religiosas respaldadas por el estado, con el objetivo de cultivar una versión del Islam que esté alineada con los intereses nacionales. A la vez, el estado fomenta un "patrullaje espiritual interno", donde las comunidades musulmanas son incentivadas a regular sus propias prácticas religiosas dentro de los límites aceptables para el gobierno. Esta estrategia refleja un intento de integrar los principios islámicos en la sociedad rusa, no solo como una expresión de diversidad cultural, sino también como un contrapeso moral y espiritual frente a lo que se percibe como la decadencia de los valores occidentales.

La evolución del enfoque del Estado hacia la educación islámica ha enfatizado formas tradicionales de islam, vistas como compatibles con la identidad nacional rusa. El apoyo del gobierno a las instituciones educativas islámicas tiene como objetivo promover una interpretación moderada del islam, contrarrestando influencias más radicales y fomentando una identidad nacional cohesionada que incluya diversas tradiciones religiosas.

Estos desarrollos reflejan una estrategia más amplia de alinear la política interna rusa con una visión de Rusia como un puente entre Occidente y el mundo islámico. Esta postura ha sido evidente en la política exterior de Rusia, particularmente en su involucramiento con países de Medio Oriente desde 2015. La alineación del Kremlin con varios estados árabes y la

promoción de una interpretación moderada del islam buscan contrarrestar elementos extremistas y fortalecer los lazos con el mundo musulmán. Esta alineación es vista como esencial para la estrategia geopolítica de Rusia, especialmente para mantener influencia en regiones donde el islam juega un papel central.

La consolidación del papel del islam en el marco sociopolítico ruso también involucra medidas internas para controlar la información y mantener la cohesión religiosa y social. El gobierno ruso ha promovido la idea de una "patrulla espiritual", en la cual se alienta a los miembros de la comunidad a guiarse mutuamente hacia el "camino correcto", contrastando esto con la percepción de un declive moral y espiritual en Occidente. Esta narrativa interna sirve para fortalecer la integración de los valores islámicos dentro del contexto más amplio de la gobernanza rusa, destacando la armonía social y la identidad colectiva.

No obstante, estos procesos no están exentos de desafíos. El uso de leyes antiextremistas por parte del gobierno ruso para regular las expresiones religiosas ha generado tensiones, particularmente cuando se aplican a grupos islámicos pacíficos. Los esfuerzos del Estado por equilibrar las aspiraciones de una mayor representación musulmana con el creciente nacionalismo entre la mayoría étnica rusa siguen siendo una tarea delicada. Aun así, la creciente participación de los musulmanes en la política rusa, junto con adaptaciones legislativas y nombramientos estratégicos, señala un proceso complejo y en curso de islamización que está remodelando el panorama social y político de Rusia.

El proceso de islamización en Rusia, con su profundidad histórica y desarrollo multifacético, ha desempeñado un papel crucial en la configuración de las relaciones del país con el mundo islámico. Desde la introducción del islam en el siglo IX hasta la actualidad, la expansión gradual y no radical del islam ha influido significativamente en el panorama político, social y cultural de Rusia. Históricamente, la integración de las poblaciones musulmanas, especialmente en las regiones de Tartaristán, Bashkiria y Crimea, ha demostrado la necesidad de acomodar el liderazgo religioso y étnico local. Esto aseguró que las comunidades islámicas pudieran mantener un grado de autonomía mientras coexistían dentro del marco más amplio del Estado ruso.

El legado del dominio tártaro-mongol, la influencia otomana y, posteriormente, la incorporación de Crimea a Rusia tras el Tratado de Kuchuk-Kainarji han subrayado la complejidad de gestionar un imperio multirreligioso. Sin embargo, el enfoque que Rusia ha adoptado hacia el islam ha sido relativamente moderado, evitando los extremos de radicalización vistos en otras partes del mundo. Esto ha permitido una forma de islamización

inclusiva y estable, que equilibra varias sectas e interpretaciones de la fe, incluyendo sunitas, chiitas, wahabitas, salafistas y alauitas.

La característica distintiva de la islamización en Rusia ha sido su dependencia de lo que podría describirse como "poder blando", un método de integración que enfatiza la aceptación voluntaria en lugar de la coerción. Este enfoque ha ayudado a crear una versión del islam única en Rusia, que no está definida por el extremismo de grupos como ISIS o Al Qaeda, sino por una fuerza más moderada y unificadora que busca tender puentes entre divisiones sectarias.

En el contexto geopolítico actual, la experiencia de Rusia con la islamización la posiciona como un líder potencial en la promoción de la cooperación y el entendimiento entre naciones islámicas. La interrelación de factores políticos, económicos y espirituales sugiere que la relación de Rusia con el mundo islámico no es solo una cuestión de control territorial, sino un alineamiento de intereses más amplio. De cara al futuro, el proceso pacífico e integrador de islamización en Rusia podría servir como modelo de cómo diversas comunidades religiosas pueden coexistir y prosperar dentro de una entidad política más amplia y unificada. Por lo tanto, la islamización suave en Rusia continúa dando forma tanto a sus dinámicas internas como a sus relaciones exteriores, posicionando potencialmente al país como un jugador central en el mundo islámico en general.

En conclusión, el proceso de islamización en Rusia hoy continúa a un ritmo medido y gradual debido a la histórica falta de una base religiosa fundamental, que otras naciones islámicas poseían desde su inicio. A diferencia de los países que tienen tradiciones islámicas profundamente arraigadas, el encuentro de Rusia con el islam llegó más tarde, desarrollándose con el tiempo. Las políticas de la Unión Soviética, particularmente después de la Revolución de Octubre de 1917, jugaron un papel crucial en la configuración del panorama religioso contemporáneo. Tanto el islam como la ortodoxia enfrentaron una supresión sistémica bajo la URSS, ya que el Estado promovió el ateísmo y minimizó el papel de la religión en la vida cotidiana.

Esta erosión de las tradiciones religiosas creó un vacío en la Rusia postsoviética, dejando al país sin una base religiosa sólida. Como resultado, la islamización hoy avanza de manera suave y cuidadosa, en parte debido a los desafíos que plantea la migración de grandes cantidades de personas de países vecinos de Asia Central, como Tayikistán y Uzbekistán. Estos migrantes a menudo traen consigo formas más radicalizadas de islam, lo que genera tensiones dentro de las regiones tradicionalmente musulmanas de Rusia, como Tartaristán. En esta república, donde el islam ha sido durante mucho tiempo parte del tejido cultural, los tártaros

locales a menudo perciben a los migrantes de Asia Central como más radicales, mientras que los migrantes, a su vez, ven el enfoque de los tártaros hacia el islam como demasiado moderado.

2.2 Desarrollo Histórico y Actual: Hitos Claves de la Islamización

La islamización de Rusia es un proceso largo y complejo que ha dejado huellas profundas en la historia, política y cultura del país. Abarca múltiples fases de interacción entre los pueblos eslavos y musulmanes, comenzando con la conquista tártaro-mongola en el siglo XIII, continuando con la expansión imperial rusa en los siglos XVI al XIX, y culminando en las políticas contemporáneas que buscan gestionar la diversidad religiosa y étnica del estado ruso. Este fenómeno ha sido influenciado no solo por la guerra y la conquista, sino también por las relaciones comerciales, diplomáticas y culturales entre los pueblos rusos y musulmanes.

El inicio de la islamización en Rusia puede situarse en la invasión tártaro-mongola a principios del siglo XIII. En 1237, Batu Kan, nieto de Gengis Kan, lanzó una campaña militar contra los principados eslavos de Rus', que culminó en la conquista y sometimiento de gran parte de estas tierras bajo la dominación de la Horda de Oro, un vasto imperio euroasiático que se extendía desde el este de Europa hasta Asia Central. El dominio de la Horda de Oro sobre los principados rusos, que duró aproximadamente 250 años, no solo introdujo una nueva estructura de poder, sino que también sentó las bases para futuras interacciones con el mundo islámico.

Aunque la Horda de Oro era en gran medida una estructura política tolerante con las religiones, el islam comenzó a desempeñar un papel cada vez más prominente. En el siglo XIV, muchos gobernantes de la Horda, incluyendo el famoso Kan Uzbek, se convirtieron al islam, lo que estableció una fuerte influencia islámica en las relaciones políticas y económicas con los principados rusos. Aunque las elites rusas no se islamizaron en este período, la presencia del islam como religión dominante en la Horda de Oro influyó en el desarrollo cultural y político de las tierras bajo su dominio.

Los príncipes rusos, a pesar de ser vasallos de la Horda, lograron mantener cierta autonomía local en sus territorios. Los tributos pagados a la Horda ayudaron a financiar la expansión y consolidación de este estado tártaro-mongol. Sin embargo, las constantes interacciones entre los gobernantes rusos y musulmanes sentaron las bases para las primeras relaciones diplomáticas entre Rusia y los estados islámicos. Esta relación no solo estuvo marcada por la subordinación, sino también por la coexistencia y el comercio, dado que las rutas comerciales controladas por la Horda conectaban a Rusia con el mundo musulmán más amplio, incluyendo Persia y Asia Central.

El declive de la Horda de Oro en el siglo XV proporcionó a Rusia la oportunidad de liberarse de la dominación mongola y expandir sus propios territorios. Durante el reinado de Iván III, conocido como "el Grande", Rusia comenzó a consolidar su poder y expandir su territorio hacia el este y el sur, absorbiendo antiguos territorios de la Horda. Esta expansión imperial tuvo implicaciones profundas para la islamización del estado ruso, ya que involucró la anexión de territorios con grandes poblaciones musulmanas.

Uno de los hitos más importantes en este proceso fue la conquista del Kanato de Kazán en 1552 por el zar Iván IV "el Terrible". El Kanato de Kazán, fundado en 1438 tras la disolución de la Horda de Oro, fue un importante centro político, cultural y religioso del islam en la región del Volga. La ciudad de Kazán se encontraba en una posición estratégica a lo largo de las rutas comerciales entre Rusia y el mundo musulmán, y su conquista fue vista como un gran triunfo para el estado ruso. Esta victoria no solo aumentó el poder territorial de Rusia, sino que también significó la integración de una población mayoritariamente musulmana dentro del creciente imperio. La caída de Kazán marcó el comienzo de un largo proceso de islamización dentro de las fronteras rusas, ya que los rusos comenzaron a gobernar a poblaciones islámicas directamente por primera vez.

A pesar de la conquista, el gobierno ruso adoptó una política pragmática hacia los musulmanes de Kazán. Iván IV permitió que los musulmanes locales mantuvieran sus prácticas religiosas, aunque supervisadas, y no impuso de inmediato la cristianización forzada. Esta política pragmática, que se extendió a otras regiones musulmanas conquistadas, permitió a las autoridades rusas consolidar su control sin provocar rebeliones masivas, al menos en las primeras etapas.

Sin embargo, también hubo esfuerzos por cristianizar a la población musulmana, particularmente en las décadas y siglos posteriores. Las autoridades rusas construyeron iglesias ortodoxas en las ciudades conquistadas, como la Catedral de la Anunciación en Kazán, y fomentaron la conversión de los musulmanes al cristianismo, aunque estos esfuerzos no fueron siempre exitosos. La resistencia a la cristianización fue fuerte entre los tártaros y otras poblaciones musulmanas, lo que llevó a tensiones intermitentes y levantamientos.

Tras la conquista de Kazán, Rusia continuó su expansión hacia el sur y el este, anexionando otros territorios musulmanes importantes como el Kanato de Astracán en 1556 y partes de Siberia bajo el control del Khanato de Siberia. Estas conquistas consolidaron el dominio ruso sobre las principales rutas comerciales hacia el este y el acceso a los recursos naturales de Asia Central y Siberia. Además, extendieron aún más la influencia del islam dentro del imperio ruso.

Una de las regiones clave para la expansión rusa fue el Cáucaso, donde las poblaciones musulmanas de origen diverso, incluidos chechenos, ingushes, daguestaníes y azerbaiyanos, mantuvieron una fuerte identidad religiosa y cultural. Las guerras del Cáucaso, que duraron gran parte del siglo XIX, fueron una serie de conflictos prolongados en los que Rusia intentó someter a las poblaciones montañosas y musulmanas del norte del Cáucaso. Líderes como Imam Shamil, que encabezó la resistencia musulmana en Daguestán y Chechenia, utilizaron la fe islámica como un medio para unificar a las tribus montañosas contra la expansión rusa. Aunque finalmente Shamil fue derrotado en 1859, su resistencia subrayó la importancia del islam como un factor unificador en la región.

La anexión del Cáucaso y Asia Central trajo nuevas oleadas de musulmanes al imperio ruso, lo que aumentó la diversidad religiosa del país. Sin embargo, a pesar de las políticas de cristianización y rusificación implementadas por las autoridades imperiales, el islam permaneció como una parte integral de la identidad de estas poblaciones.

Las guerras ruso-turcas fueron esenciales para la expansión del Imperio ruso hacia el sur, en regiones como los Balcanes y el Cáucaso, donde la población musulmana era significativa. Estas guerras se originaron a partir de las tensiones geopolíticas entre Rusia y el Imperio Otomano, con ambos estados luchando por el control de importantes territorios estratégicos, incluidos los Balcanes, el Mar Negro y la región del Cáucaso. Para Rusia, estas campañas fueron una oportunidad para afianzar su presencia en territorios donde el islam estaba profundamente arraigado, lo que llevó a la integración de nuevas comunidades musulmanas dentro del creciente imperio.

La victoria rusa en varias de estas guerras permitió la incorporación de regiones como Crimea (1783), el Cáucaso Norte y partes de los Balcanes. A medida que estas áreas fueron absorbidas por el Imperio ruso, Moscú adoptó un enfoque pragmático hacia las poblaciones musulmanas locales. En lugar de imponer de inmediato una cristianización forzada, como en algunos casos anteriores, el gobierno ruso comenzó a implementar políticas que favorecían la cooptación de las élites musulmanas. Por ejemplo, tras la anexión de Crimea, el gobierno zarista permitió que las comunidades musulmanas locales mantuvieran sus líderes religiosos y sistemas judiciales islámicos bajo ciertas condiciones.

Este enfoque pragmático permitió a las autoridades rusas estabilizar las regiones recién conquistadas y reducir la resistencia a su gobierno. Al reconocer la importancia de mantener la lealtad de las élites musulmanas, Rusia logró establecer un clima de cooperación que fue clave para su control sobre territorios con una fuerte presencia islámica. Las élites musulmanas, a

cambio, ocupaban posiciones administrativas y mantenían cierto grado de autonomía en asuntos locales, lo que contribuyó a una islamización más integrada dentro del imperio.

A lo largo de los siglos XVIII y XIX, las políticas hacia los musulmanes dentro del Imperio ruso variaron entre la tolerancia pragmática y la represión. Bajo el gobierno de Catalina la Grande en el siglo XVIII, por ejemplo, se permitió a los musulmanes cierta autonomía religiosa y se estableció una estructura administrativa que les permitió mantener sus propias instituciones religiosas bajo la supervisión del estado ruso. En 1788, se creó la Asamblea Espiritual de Orenburgo, que supervisaba los asuntos religiosos musulmanes en la región del Volga y en otras partes del imperio. Esta política de cooptación ayudó a estabilizar las relaciones entre el estado ruso y las poblaciones musulmanas, a pesar de las tensiones intermitentes.

Sin embargo, también hubo períodos de represión y violencia, especialmente durante el proceso de rusificación y cristianización. A lo largo del siglo XIX, las autoridades rusas intentaron suprimir las instituciones religiosas musulmanas y limitar la influencia del islam en las regiones recién conquistadas. Esto llevó a conflictos, levantamientos y una resistencia constante en varias regiones, particularmente en el Cáucaso.

El siglo XX trajo cambios drásticos para el islam en Rusia con la llegada de la Revolución Bolchevique en 1917 y la creación de la Unión Soviética. Bajo el régimen comunista, la religión en general, incluido el islam, fue objeto de represión sistemática. Las mezquitas fueron cerradas, los clérigos fueron perseguidos y se intentó imponer el ateísmo como política de estado. Sin embargo, a pesar de estas políticas, el islam persistió en muchas regiones, especialmente en el Cáucaso y Asia Central, donde la fe islámica permaneció como un baluarte de identidad cultural y resistencia al régimen soviético.

Con el colapso de la Unión Soviética en 1991, el islam experimentó un resurgimiento significativo en las antiguas repúblicas soviéticas y dentro de Rusia misma. Regiones como Tatarstán, Bashkortostán y Chechenia vieron un renacimiento de las prácticas islámicas y un aumento en la construcción de mezquitas y escuelas religiosas. En el Cáucaso, este renacimiento religioso también estuvo acompañado por el surgimiento de movimientos separatistas, como la guerra en Chechenia, donde los combatientes islámicos lucharon por la independencia de Rusia.

En la actualidad, el islam es la segunda religión más grande de Rusia, con una población musulmana significativa que se concentra en las regiones del Volga, el Cáucaso y las grandes ciudades como Moscú y San Petersburgo. La islamización de Rusia sigue siendo un proceso

en evolución, y el estado ruso ha adoptado una política de gestión cuidadosa hacia sus poblaciones musulmanas.

Por un lado, el gobierno ruso reconoce la importancia del islam en la cohesión social y en la demografía del país. Por otro lado, enfrenta desafíos relacionados con el extremismo islámico, especialmente en el Cáucaso Norte, donde el radicalismo y el salafismo han ganado fuerza en las últimas décadas. La lucha contra el extremismo islámico es un tema prioritario para las autoridades rusas, que han implementado una serie de medidas para controlar la propagación de ideas radicales, al tiempo que intentan promover una versión más moderada del islam en el país.

Otro momento decisivo en la historia de las relaciones de Rusia con el mundo islámico fue la guerra en Afganistán en la década de 1980, durante la cual la Unión Soviética intervino militarmente en un intento de apoyar al régimen comunista afgano frente a los muyahidines. Este conflicto, que tuvo lugar en el contexto más amplio de la Guerra Fría, fue significativo no solo por su impacto geopolítico, sino también por sus repercusiones en las relaciones de Rusia con el islam.

La guerra de Afganistán resultó en una creciente percepción de Rusia (y antes, la Unión Soviética) como una potencia ajena y hostil en el mundo islámico. Los muyahidines, respaldados por una coalición internacional que incluía a varios países islámicos, vieron en esta guerra una lucha no solo contra la influencia soviética, sino también contra la injerencia de potencias extranjeras en tierras islámicas. Para las comunidades musulmanas dentro de la propia Rusia, particularmente en las regiones del Cáucaso y Asia Central, la intervención soviética en Afganistán generó tensiones adicionales, ya que muchos musulmanes rusos veían la guerra como un conflicto injusto y como una amenaza para el islam.

El fracaso de la intervención soviética en Afganistán y la retirada en 1989 socavaron la legitimidad del gobierno soviético tanto a nivel nacional como internacional. Esto también afectó la dinámica interna en las regiones musulmanas de la Unión Soviética, donde el conflicto afgano contribuyó a un aumento de la desconfianza hacia el estado central. A pesar de estos desafíos, la guerra en Afganistán también abrió la puerta a futuros diálogos entre Rusia y varios líderes islámicos, especialmente en la década de 1990, cuando el gobierno post-soviético buscó estabilizar las relaciones con sus propias comunidades musulmanas y con el mundo islámico en general.

En el siglo XXI, Rusia se ha involucrado nuevamente en el mundo islámico, con particular énfasis en la región del Medio Oriente. La intervención rusa en Siria, que comenzó en 2015, fue un punto de inflexión en la política exterior rusa en la región. Al apoyar al gobierno

del presidente sirio Bashar al-Ásad frente a la insurgencia de diversos grupos, incluidos algunos de inspiración islámica radical, Rusia no solo consolidó su posición como un actor clave en el Medio Oriente, sino que también fortaleció sus lazos con diversas comunidades y líderes musulmanes.

El apoyo ruso a regímenes como el de Siria y, en menor medida, Libia, se ha enmarcado dentro de una estrategia más amplia de proyección de poder en la región, buscando establecer una posición de influencia duradera. Sin embargo, esta intervención también permitió a Rusia forjar vínculos más profundos con las comunidades musulmanas, tanto en el extranjero como en su propio territorio. La narrativa promovida por Rusia ha sido la de un defensor del multiconfesionalismo y de la estabilidad regional, en oposición a las fuerzas extremistas que, en algunos casos, han sido apoyadas por otros actores internacionales.

En Siria, la campaña militar rusa ha sido acompañada de un esfuerzo diplomático que incluye la cooperación con diversos actores musulmanes, tanto dentro como fuera del país. Este enfoque ha permitido a Rusia presentarse como un mediador clave en los conflictos del Medio Oriente, mejorando su imagen en el mundo islámico. A nivel interno, estas políticas han reforzado los lazos con las comunidades musulmanas de Rusia, especialmente en regiones como Tatarstán y el Cáucaso, donde las autoridades han promovido un islam moderado como parte de una estrategia para prevenir el extremismo.

El compromiso de Rusia con el mundo islámico en el siglo XXI también ha tenido un impacto significativo en la islamización dentro de sus propias fronteras. A medida que el estado ha buscado fortalecer sus relaciones con los países musulmanes, ha comenzado a implementar políticas que favorecen una mayor inclusión de las comunidades musulmanas en la política nacional. Esto ha dado lugar a un aumento en la visibilidad y poder político de las élites islámicas en regiones de mayoría musulmana, como Tatarstán y el Cáucaso Norte.

En estas regiones, los líderes musulmanes han sido incorporados en las estructuras de gobernanza, y se les ha otorgado un papel más prominente en la toma de decisiones. Esta estrategia ha permitido al gobierno central mantener el control sobre estas áreas, al tiempo que reconoce la importancia de la diversidad religiosa y el potencial de las comunidades musulmanas para contribuir al desarrollo social y económico del país. Como resultado, la islamización en Rusia no se ha limitado únicamente a la expansión de la fe islámica, sino que también ha incluido un reconocimiento más amplio de la pluralidad religiosa en la vida política y cultural del país.

El enfoque multiconfesional del estado ruso ha permitido una integración más armoniosa de las comunidades musulmanas, incluso cuando existen tensiones con grupos más

radicales. La promoción de una versión moderada del islam, en colaboración con los clérigos musulmanes locales, ha sido una herramienta clave en los esfuerzos del gobierno para mitigar el extremismo y promover la cohesión social.

La islamización de Rusia ha sido un proceso histórico que se remonta a la época de las conquistas tártaras, donde los musulmanes siempre disfrutaron de una relativa seguridad y respeto. A lo largo de la historia, los gobernantes rusos han nombrado a representantes musulmanes en posiciones clave, lo que ha fortalecido los lazos y facilitado la gestión de territorios. Tanto en el Imperio Ruso como en la Unión Soviética, las autoridades buscaron mantener un diálogo constructivo con las comunidades musulmanas, fomentando un ambiente de convivencia pacífica. Esto ha permitido que el islam se integre en la identidad cultural de Rusia, donde las tradiciones musulmanas son reconocidas y respetadas. En consecuencia, la relación histórica y continua entre el estado ruso y las comunidades musulmanas ha promovido un clima de cooperación que ha beneficiado ambos lados, consolidando la islamización como un elemento esencial en el tejido social del país.

2.3 Impacto de la Migración y la Política Estatal en la Islamización

Tras la disolución de la Unión Soviética en 1991, se inició una nueva era en las relaciones entre las antiguas repúblicas soviéticas y la Federación de Rusia. Estos países, que hasta entonces habían estado estrechamente vinculados dentro del marco del sistema soviético, se convirtieron en estados independientes. Entre ellos se incluyen Tayikistán, Uzbekistán, Azerbaiyán, Kazajistán, Kirguistán, Turkmenistán, Bielorrusia, Moldavia y Armenia. Estos países, en su mayoría miembros de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), organización creada en diciembre de 1991 con el propósito de mantener ciertos lazos económicos y políticos, se enfrentaron a una compleja transición hacia la independencia. En esta región, con una importante presencia musulmana, el islam, en sus diversas vertientes, juega un papel fundamental en la identidad cultural y social.

Los primeros años tras el colapso de la URSS estuvieron marcados por una profunda inestabilidad política, crisis económicas severas y, en algunos casos, conflictos étnicos y religiosos que afectaron gravemente a la región. Estos problemas variaron en intensidad según el país, pero uno de los retos más importantes fue el tratamiento hacia las minorías étnicas rusas que residían en las nuevas repúblicas soberanas. En muchos casos, estas minorías enfrentaron episodios de discriminación y violencia debido al auge del nacionalismo étnico, lo que condujo en algunos casos a lo que algunos analistas consideran actos de limpieza étnica o incluso genocidio. Esta situación generó gran preocupación en Moscú, que se vio obligado a intervenir

diplomáticamente, y en algunos casos militarmente, para proteger a las comunidades rusas. Países como Kazajistán, Uzbekistán y Kirguistán, donde las minorías rusas eran especialmente numerosas, experimentaron tensiones étnicas, aunque en grados diferentes.

Aparte de los problemas étnicos, uno de los principales desafíos que surgió tras la disolución de la URSS fue el aumento de la influencia del radicalismo islámico en algunos de estos nuevos estados. Tayikistán fue uno de los países más afectados por este fenómeno. Durante la guerra civil tayika (1992-1997), facciones islamistas, respaldadas por grupos extremistas de países islámicos como Afganistán e Irán, intentaron imponer un estado islámico en Tayikistán, aprovechando el vacío de poder dejado por la caída del régimen soviético. Este conflicto se convirtió en un escenario de lucha entre las fuerzas del gobierno tayiko, apoyadas por Rusia y otras potencias regionales como Uzbekistán, contra los insurgentes islamistas. Aunque el gobierno tayiko, con el respaldo de Moscú, logró restaurar el orden, el radicalismo islámico continuó siendo una amenaza latente en la región.

Kazajistán, Uzbekistán y Kirguistán, aunque no vivieron conflictos armados a gran escala como Tayikistán, también enfrentaron un aumento en la actividad de grupos extremistas islámicos en sus territorios, particularmente en las zonas rurales y fronterizas. En Uzbekistán, el Movimiento Islámico de Uzbekistán (MIU), un grupo extremista islámico, se convirtió en una de las principales amenazas a la estabilidad del país durante los años 90 y principios de los 2000. Este grupo, con vínculos con la red de Al Qaeda y el Talibán en Afganistán, llevó a cabo ataques terroristas y secuestros en la región. Sin embargo, gracias a una combinación de medidas de seguridad internas y cooperación con Rusia y otros países de la CEI, el gobierno uzbeko logró contener la amenaza. A pesar de ello, el radicalismo islámico siguió presente en algunos sectores de la sociedad uzbeka, especialmente entre los jóvenes desempleados y marginados.

Además de las tensiones internas, la difícil situación económica que siguió al colapso de la URSS provocó una masiva migración desde estos países hacia Rusia. La búsqueda de mejores oportunidades laborales empujó a millones de personas, principalmente de Asia Central (Tayikistán, Uzbekistán, Kirguistán, Kazajistán y Turkmenistán), pero también de otros países de la CEI como Azerbaiyán y Armenia, a emigrar a Rusia, el antiguo centro del poder soviético. A mediados de la década de 1990, se estimaba que aproximadamente 1,5 millones de migrantes procedentes de Asia Central vivían en Rusia. Esta cifra aumentó de manera exponencial en las siguientes décadas. Para 2020, más de 11,6 millones de trabajadores migrantes se encontraban en Rusia, muchos de ellos provenientes de Uzbekistán, Tayikistán y Kirguistán.

La migración ha tenido un impacto significativo en las economías tanto de los países de origen como de Rusia. Las remesas enviadas por los migrantes a sus países de origen son una fuente vital de ingresos. En el caso de Tayikistán, las remesas representaron el 27% del PIB en 2020, mientras que en Uzbekistán esta cifra alcanzó el 12%. Kirguistán también depende en gran medida de las remesas, que representan aproximadamente el 30% de su PIB. Esto subraya la interdependencia económica entre Rusia y las repúblicas de Asia Central, donde la falta de empleo y la crisis económica empujan a la población a buscar trabajo en el extranjero.

Es importante destacar que la mayoría de estos migrantes musulmanes no profesan una versión radical del islam. En su gran mayoría, son musulmanes moderados que buscan integrarse en la sociedad rusa y mejorar su situación económica. Muchos de estos migrantes cuentan con familiares o amigos que ya están establecidos en Rusia, lo que facilita su adaptación. Además, los lazos históricos y culturales, así como la política migratoria relativamente abierta de Rusia hacia los ciudadanos de la CEI, han contribuido a la integración de estos trabajadores en sectores como la construcción, el transporte y los servicios.

A lo largo de la época soviética, el gobierno promovió una política educativa que fue clave para la formación de generaciones de trabajadores capacitados en las repúblicas de Asia Central y el Cáucaso. La enseñanza del ruso como lengua de instrucción permitió que jóvenes de diversas etnias, como uzbekos, tayikos, azeríes, chechenos y kazajos, accedieran a una educación técnica y profesional que les facilitó integrarse en la economía soviética. Estos lazos educativos y culturales con Rusia han perdurado, lo que ha permitido que muchos migrantes mantengan una conexión con el país y logren adaptarse con mayor facilidad al entorno laboral ruso.

Sin embargo, la migración masiva ha generado desafíos tanto en Rusia como en los países de origen. Aunque la mayoría de los musulmanes migrantes son moderados, existe una preocupación creciente por la infiltración de ideologías radicales en algunas comunidades migrantes. En los últimos años, ha habido un aumento de la actividad de grupos radicales que buscan reclutar a jóvenes migrantes, especialmente aquellos que se sienten marginados o que buscan respuestas a sus necesidades espirituales. Estos grupos, en su mayoría vinculados a organizaciones extremistas fuera de Rusia, han aprovechado la vulnerabilidad de algunos migrantes para difundir ideologías radicales. Aunque las autoridades rusas han implementado medidas de seguridad para combatir el extremismo, la situación sigue siendo preocupante.

Además, las diásporas de migrantes, que en muchos casos brindan apoyo y solidaridad a sus miembros, también pueden representar desafíos para la seguridad. Algunas de estas comunidades han establecido redes de apoyo que, en ciertos casos, están involucradas en

actividades delictivas, como la facilitación de la migración ilegal o la evasión de las autoridades locales. Aunque no se puede generalizar, estos casos han alimentado la desconfianza hacia los migrantes y han generado tensiones sociales.

En resumen, la migración desde las repúblicas musulmanas de la CEI hacia Rusia ha sido un fenómeno multifacético con impactos tanto positivos como negativos. Por un lado, ha contribuido al desarrollo económico de Rusia y ha sido una fuente vital de ingresos para los países de origen. Por otro lado, ha generado tensiones sociales y desafíos en términos de integración y seguridad. Es crucial que tanto Rusia como los países de la CEI trabajen en conjunto para fomentar la integración positiva de los migrantes y prevenir la radicalización, asegurando que el islam moderado y los valores de convivencia prevalezcan en un contexto de diversidad cultural y religiosa. Solo a través de un enfoque equilibrado y cooperativo se podrá garantizar la cohesión social en una región marcada por complejas inámicas históricas y étnicas.

2.4 Interacción entre la Islamización y la Migración: Retos y Oportunidades

Con la llegada al poder de Vladímir Putin en la década de 2000, el Estado ruso comenzó a aplicar políticas más estrictas contra los movimientos nacionalistas radicales. Al mismo tiempo, aumentaron las preocupaciones por la posible radicalización islámica en algunas comunidades migrantes. Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos y el crecimiento global del terrorismo islámico, Rusia también intensificó el control sobre las organizaciones religiosas, temiendo la difusión de ideas islamistas radicales dentro de su territorio.

A pesar de las medidas adoptadas, la radicalización de algunos sectores de la población musulmana en Rusia seguía siendo motivo de preocupación. Esta radicalización fue particularmente visible en el Cáucaso Norte, donde grupos insurgentes islámicos, como el Emirato del Cáucaso, continuaron realizando ataques terroristas. Un ejemplo destacado de este periodo fue el atentado en el aeropuerto de Domodédovo en 2011, donde un terrorista suicida del Cáucaso mató a 37 personas e hirió a más de 170. Este ataque demostró la persistencia de la amenaza islamista, a pesar de los esfuerzos del gobierno por contenerla.

Después de 2014, la situación interna de Rusia cambió notablemente en el contexto de la crisis en Ucrania y la anexión de Crimea. La preocupación por la estabilidad interna y la creciente tensión internacional llevaron al gobierno ruso a intensificar su lucha contra los grupos extremistas, tanto nacionalistas como islamistas. Se inició una campaña de "desnazificación" dentro de Rusia, que tenía como objetivo reprimir a los grupos neonazis y

ultranacionalistas. Uno de los casos más notorios fue la detención y posterior muerte en prisión de Maxim Marzinkévich, conocido como "Tesak". Marzinkévich era líder de un grupo neonazi y había sido famoso por sus brutales ataques contra personas de diferentes etnias. Aunque su muerte fue declarada oficialmente un suicidio en 2020, persisten dudas en torno a las circunstancias de su fallecimiento.

Sus compañeros y otros líderes de movimientos radicales, como Dmitri Diomushkin, también fueron procesados por las autoridades. Diomushkin, uno de los fundadores de la "Unión Eslava", fue arrestado por su participación en actividades extremistas, mostrando cómo el Estado se enfocó en dismantelar estas organizaciones.

Otro ejemplo significativo fue el del bloguero Yuri Khovanski. A Khovanski se le acusó de propagar ideas extremistas a través de su plataforma en línea, y su arresto fue parte de una estrategia más amplia del gobierno ruso para luchar contra la difusión de ideologías radicales en Internet. Aunque su caso no se comparaba en escala con los de figuras como Tesak, simbolizaba el endurecimiento de las políticas contra cualquier tipo de incitación al odio.

En paralelo a la lucha contra los neonazis dentro de Rusia, las autoridades rusas comenzaron a identificar y denunciar la existencia de movimientos nacionalistas en Ucrania, especialmente el batallón "Azov". Este grupo paramilitar, formado en 2014 durante el conflicto en Donbass, fue acusado por Rusia de promover ideologías neonazis y de participar en actos de violencia contra la población civil prorrusa. Las acusaciones sobre la naturaleza ultranacionalista del batallón "Azov" sirvieron como uno de los argumentos en la narrativa del Kremlin sobre la "desnazificación" de Ucrania.

Sin embargo, mientras Rusia combatía a los radicales dentro y fuera de sus fronteras, surgieron preocupaciones sobre la posible penetración del islamismo radical en el país a través de los flujos migratorios. En particular, después de la retirada de las tropas estadounidenses de Afganistán y la creciente inestabilidad en Asia Central, las autoridades rusas temían que las ideas extremistas islamistas pudieran filtrarse en Rusia. Los recientes eventos en Tayikistán, incluido el atentado terrorista en el Crocus City Hall, donde más de 400 civiles fueron asesinados por militantes tayikos vinculados con ISIS y facciones de Al-Qaeda, se han convertido en una señal de alarma para Rusia. Estos eventos demostraron que el islamismo radical puede extenderse al territorio ruso, generando desestabilización y una amenaza a la seguridad pública.

Los militantes recibieron un mensaje a través de Telegram de una persona desconocida, con la que se habían puesto en contacto a través de un canal administrado por un predicador islámico. Tras este contacto, recibieron entrenamiento y, durante algún tiempo, aparecieron en

la ubicación del atentado tomando fotos de la zona. Más tarde, se les proporcionaron las coordenadas de un escondite donde encontraron armas y un medio de transporte. Una vez que obtuvieron todo lo necesario, se dirigieron a ejecutar el ataque terrorista. Tras cometerlo, intentaron huir en dirección a la frontera con Ucrania, donde fueron detenidos.

Al mismo tiempo, países de Asia Central, como Tayikistán y Azerbaiyán, comenzaron a implementar medidas más restrictivas para limitar la influencia del islamismo radical. Tayikistán, por ejemplo, prohibió el uso del niqab y otras formas de vestimenta islámica, argumentando que tales prácticas no formaban parte de la tradición cultural local y que eran un símbolo del extremismo importado. Estas restricciones reflejan un enfoque más amplio para controlar la creciente influencia del islamismo radical, no solo en Rusia, sino en toda la región.

El análisis estadístico de las tasas de migración y crimen entre los migrantes de los países de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) en Rusia examina la relación entre los patrones de migración y la actividad criminal, proporcionando datos importantes sobre las dinámicas socioeconómicas del país. Tras la disolución de la Unión Soviética, Rusia se convirtió en un destino principal para migrantes, particularmente de Asia Central, con un aumento notable de migrantes internacionales que constituyeron aproximadamente el 16% de la fuerza laboral en 2011[28].

La percepción de los migrantes como contribuyentes a un aumento en las tasas de criminalidad es contradicha por la evidencia estadística, que indica que los delitos graves cometidos por migrantes fueron mínimos, representando menos del 1% de los nuevos delitos en 2022[39]. El aumento de las tasas de criminalidad asociadas a los migrantes puede estar influenciado por leyes migratorias estrictas y vulnerabilidades socioeconómicas, en lugar de una tendencia inherente al comportamiento criminal. En 2022, los migrantes estuvieron involucrados en aproximadamente 26,700 delitos, en su mayoría relacionados con la propiedad y crímenes violentos, mientras que también fueron víctimas en cerca de 12,000 casos[39]. La Fiscalía General informó más de 40,000 delitos cometidos por no ciudadanos en 2022, lo que representa un incremento del 10.3% respecto a 2021[7]. Un porcentaje significativo de estos crímenes incluye robos y falsificación de documentos.

En cuanto a los delitos graves, se reportó un aumento de menos de 100 casos, alcanzando un total de 380 en 2022, lo que representa menos del 1% de todos los nuevos delitos. Los delitos sexuales que involucraron a migrantes constituyeron solo el 5% de dichos crímenes entre 2015 y 2021. Las diferencias estadísticas en las tasas de criminalidad pueden atribuirse parcialmente a las metodologías utilizadas por diferentes agencias de seguridad y a las complejidades inherentes al seguimiento de crímenes entre las poblaciones migrantes.

Las condiciones socioeconómicas en las regiones de Rusia influyen significativamente en las tasas de criminalidad entre los migrantes. La estagnación económica, el aumento del desempleo y el fenómeno de registros ficticios crean un entorno en el que los migrantes son más vulnerables tanto a cometer como a ser víctimas de delitos[39]. En regiones como Altái, una parte considerable de la población considera los problemas de migración internacional como manejables, a pesar de los desafíos socioeconómicos como la despoblación y el declive económico[24].

El empleo informal y las prácticas laborales ilegales entre los migrantes en Rusia son comunes, con una parte importante de los trabajadores migrantes ocupando empleos que no requieren cualificaciones educativas específicas. Un 34.1% de los migrantes con educación superior y un 45.3% con formación vocacional trabajan en empleos no calificados. Aproximadamente el 31.6% de los trabajadores calificados acaban en empleos no calificados, con una alta rotación en sectores como la hostelería (61%) y el comercio (58%).

Las cifras de migración muestran que, entre 2000 y 2011, los migrantes de Asia Central aumentaron del 6.3% al 71% de la fuerza laboral en Rusia, impulsados por la demanda de mano de obra en sectores específicos. Además, se proyecta una disminución de 10.3 millones en la población empleable de Rusia para 2030. Un vínculo significativo existe entre el empleo informal y las prácticas laborales ilegales, con dos tercios de los empleados ilegales en Rusia trabajando bajo acuerdos verbales[34].

La islamización y las tensiones étnicas en Rusia

El proceso de islamización también está relacionado con cuestiones de identidad más amplias dentro de Rusia. A medida que aumentan las tensiones étnicas y culturales, particularmente debido a la creciente migración de trabajadores musulmanes de Asia Central y el Cáucaso, el Estado navega por estas complejidades integrando el islam en el discurso de la identidad nacional. Este esfuerzo tiene como objetivo fomentar la cohesión entre los diversos grupos étnicos y mitigar los riesgos del nacionalismo étnico y el separatismo. La inclusión del islam en el marco de la "Rusia multiétnica" busca crear un equilibrio entre las diferentes culturas y religiones, asegurando que el islam tenga un lugar legítimo dentro del Estado ruso, pero bajo un control estrictamente definido por el Kremlin.

En última instancia, la islamización en Rusia refleja un complejo equilibrio entre la necesidad de control interno, la modernización religiosa, las alianzas internacionales y la gestión de las tensiones étnicas. El gobierno ha logrado utilizar el islam como una herramienta política tanto dentro de sus fronteras como en su política exterior, fortaleciendo su posición tanto en el mundo islámico como en la esfera global. La figura de Kadýrov y la intervención

en conflictos musulmanes clave son solo ejemplos de cómo Moscú ha incorporado estratégicamente el islam en su agenda de poder, logrando así una mayor influencia tanto doméstica como internacionalmente.

Las implicaciones contemporáneas de la islamización en Rusia están moldeadas por una compleja interacción de factores sociopolíticos, económicos y demográficos. Desde la disolución de la Unión Soviética, los patrones migratorios han cambiado drásticamente, y el flujo de migrantes musulmanes procedentes de los estados postsoviéticos está transformando el paisaje demográfico de Rusia. Según proyecciones demográficas, para 2050 los musulmanes podrían representar más del 50% de la población en varios países, lo que refleja las tendencias globales de crecimiento demográfico religioso. En Rusia, esta afluencia plantea tanto oportunidades como desafíos, especialmente en términos de cohesión social e identidad nacional. Por un lado, la creciente población musulmana contribuye a la economía del país, pero por otro lado, ha intensificado las tensiones sociales, culturales y políticas.

Los factores económicos también juegan un papel fundamental en las dinámicas de la migración. El auge de nuevas potencias económicas y los cambios en los determinantes de la migración han alterado los patrones migratorios internacionales. En Rusia, la demanda de mano de obra en sectores específicos ha llevado a una dependencia de los trabajadores migrantes, muchos de los cuales son musulmanes de Asia Central. Este hecho, aunque necesario para mantener la estabilidad económica, ha complicado las relaciones entre las poblaciones locales y los migrantes, intensificando las tensiones socioeconómicas. La competencia por recursos, la lucha por empleos y el choque cultural han exacerbado los conflictos entre estos grupos.

Dinámicas políticas y sociales

El panorama político ruso también se ha visto afectado por el creciente número de musulmanes en el país. El aumento del sentimiento neonacionalista y los movimientos políticos han llevado a un escrutinio más estricto y ocasionalmente hostil hacia las comunidades migrantes. Estas tensiones reflejan las luchas entre preservar una identidad nacional "rusa" y la creciente influencia de la diversidad étnica y religiosa dentro del país. Los líderes políticos, conscientes de estos cambios, han adoptado medidas para manejar las relaciones entre las comunidades musulmanas y la sociedad rusa en general, aunque con resultados mixtos.

Por otro lado, los cambios en la dinámica social presentan tanto oportunidades de integración como riesgos de conflicto. La coexistencia de diversas identidades culturales y religiosas plantea desafíos para la cohesión social, particularmente debido a las tensiones históricas que rodean al islam en Rusia. El resurgimiento de la identidad islámica, especialmente entre las generaciones más jóvenes, destaca sus esfuerzos por equilibrar las

prácticas tradicionales con la sociedad contemporánea rusa. Sin embargo, este proceso de islamización tiene un lado oscuro: la radicalización de ciertos grupos, alimentada por corrientes extremistas que han encontrado terreno fértil entre algunos jóvenes desencantados con el sistema.

Desde los años 90, después del colapso de la Unión Soviética, Rusia también ha enfrentado graves problemas relacionados con el crimen organizado y la corrupción. Durante esa década de caos económico y político, varias mafias étnicas se consolidaron, entre ellas las mafias azerbaiyanas, georgianas y chechenas. Estos grupos mafiosos no solo tomaron el control de negocios y territorios, sino que también infiltraron estructuras de poder, privatizando industrias clave y extendiendo su influencia a nivel político. Estas organizaciones continúan operando, aunque ahora de manera más sofisticada, ejerciendo control en áreas donde la ley no llega con fuerza. Además, las diásporas formadas por estos grupos han encontrado formas de proteger a sus miembros de sanciones legales, llegando incluso a interferir en el sistema judicial para evitar el encarcelamiento de sus compatriotas involucrados en actividades criminales.

La islamización como medio de cohesión social

A pesar de estos problemas, la islamización y la integración de las comunidades musulmanas ofrecen una serie de beneficios para Rusia. La asimilación de los pueblos musulmanes puede mejorar la demografía, un tema crítico en un país que enfrenta una disminución de la población en algunas áreas. Además, la cohesión social puede fortalecerse mediante un proceso de integración que abarque tanto lo cultural como lo religioso. Un aspecto interesante de este fenómeno es cómo el islam, particularmente las enseñanzas moderadas, actúa como un mecanismo de autocontrol dentro de las comunidades musulmanas. A través de la creación de los llamados "patrullas sharia", grupos musulmanes buscan fomentar la moral y las buenas costumbres dentro de sus comunidades, promoviendo valores de respeto mutuo, disciplina y moderación. Estos patrulleros no solo imponen una norma de comportamiento a nivel comunitario, sino que también juegan un papel en la promoción de un ambiente social más ordenado, apelando a las enseñanzas del Corán para disuadir comportamientos indeseables.

Este sistema de autocontrol, basado en los valores islámicos, puede convertirse en una fuerza positiva para el fortalecimiento del tejido social de Rusia. Al tener una base moral y religiosa común, las comunidades musulmanas podrían contribuir al bienestar social, reduciendo la delincuencia y fomentando una mayor responsabilidad social. Además, la religión podría servir como un puente para superar las divisiones étnicas, promoviendo una mayor cohesión entre las distintas comunidades.

Los peligros del islam radical

Sin embargo, el principal desafío que enfrenta la islamización en Rusia es la amenaza del islam radical y la propaganda de sus corrientes más extremistas. A medida que los grupos radicales ganan adeptos, sobre todo entre los jóvenes descontentos y marginados, el riesgo de que el extremismo se convierta en un problema de seguridad nacional es cada vez mayor. El radicalismo islámico, alimentado por movimientos como el salafismo más extremo y el wahabismo, representa una amenaza no solo para la estabilidad social, sino también para la integridad del Estado ruso. La propagación de estas ideologías se ve facilitada por redes transnacionales que conectan a extremistas en todo el mundo, aprovechando las plataformas digitales y el resentimiento social para reclutar nuevos seguidores.

El gobierno ruso ha intensificado sus esfuerzos para contrarrestar estas amenazas, implementando políticas que buscan neutralizar la influencia de los extremistas. Estas medidas incluyen la vigilancia de mezquitas sospechosas de promover ideologías radicales, la persecución de grupos extremistas y la promoción de un islam moderado, alineado con los intereses del Estado. Sin embargo, la lucha contra el islam radical sigue siendo un desafío continuo, ya que el extremismo es un fenómeno global que no se limita a las fronteras rusas.

En conclusión, aunque la islamización presenta una serie de desafíos, como el aumento de la criminalidad étnica y la amenaza del islam radical, también ofrece oportunidades significativas para la cohesión social y la estabilidad demográfica. La clave para Rusia será gestionar estos cambios de manera que el islam se convierta en un elemento de integración, en lugar de una fuente de división. Si se maneja correctamente, la islamización puede contribuir a la creación de una sociedad más fuerte, cohesionada y moralmente consciente, siempre y cuando se logre controlar el radicalismo y se fomente un islam que respete tanto las tradiciones religiosas como los valores fundamentales de la sociedad rusa.

Sobre la base de los datos presentados, se puede argumentar que los procesos de islamización y migración en Rusia tienen un impacto de varios niveles en la vida social, económica y política del país. Las estadísticas sobre la delincuencia de los migrantes, aunque muestran un ligero aumento, demuestran que la relación entre el aumento de la delincuencia y la migración es mixta. Los procesos migratorios afectan las estructuras sociales internas, alteran el equilibrio de los grupos étnicos y ponen de relieve cuestiones como la desigualdad económica y las tensiones sociales.

La islamización en Rusia, por un lado, crea una base para la integración de las comunidades musulmanas, que a largo plazo puede ayudar a fortalecer el potencial demográfico del país, así como a armonizar las relaciones interétnicas. Al mismo tiempo, el

control del estado sobre las estructuras islámicas, tanto en el Norte del Cáucaso como en las regiones centrales, muestra que el Kremlin está tratando de usar el factor religioso como una herramienta para preservar la estabilidad interna y combatir el radicalismo.

La migración de Asia central sigue dando forma a la imagen étnica del país, afectando el mercado de trabajo y la esfera social, pero los desafíos existentes, como la competencia por el empleo y las diferencias culturales, generan contradicciones entre los residentes locales y los visitantes. Esto se manifiesta en el aumento de los movimientos nacionalistas y la delincuencia étnica, lo que solo agrava el sentimiento público. Sin embargo, el Islam, especialmente sus formas moderadas, juega un papel importante en el fortalecimiento del tejido social a nivel de la comunidad, creando mecanismos de autorregulación y apoyo. Al mismo tiempo, las estructuras estatales se oponen a la propagación de formas radicales del Islam, por temor a sus efectos destructivos en la estabilidad interna.

Por lo tanto, la situación sigue siendo ambigua: por un lado, se observa el papel positivo de la migración y la islamización en ciertos aspectos, por el otro, los crecientes desafíos relacionados con la seguridad y la integración. Las cuestiones relacionadas con la identidad nacional y la etnicidad son cada vez más urgentes a la luz de los cambios demográficos y la agitación geopolítica. En última instancia, el éxito de Rusia en la gestión de estos procesos dependerá de la capacidad del estado para mantener el equilibrio entre los diferentes grupos de población, resistir el extremismo y apoyar la unidad social.

Los patrones de migración y las estadísticas de criminalidad en Rusia desde 1990 hasta 2024 reflejan una interacción compleja de factores históricos, socioeconómicos y políticos. Tras la disolución de la Unión Soviética en 1991, Rusia experimentó flujos migratorios significativos, impulsados por inestabilidad económica y política en las repúblicas exsoviéticas. Este periodo se caracteriza por un aumento notable en el número de migrantes, en particular de los países de la CEI, que se sintieron atraídos por la búsqueda de oportunidades laborales y mejores condiciones de vida. Entre 1990 y 2021, el número de migrantes de estas naciones aumentó drásticamente, alcanzando aproximadamente [12] 12 millones en 2021, una cifra que representa un cambio demográfico significativo en la composición de la población rusa.

El auge de la migración ha traído consigo desafíos y oportunidades para la sociedad rusa. Las grandes ciudades como Moscú y San Petersburgo han visto un incremento considerable en la población migrante, que ha pasado a representar más del [25] 8% de la población total en algunas áreas urbanas. Esta transformación demográfica ha planteado preguntas sobre la integración social, el acceso a servicios básicos y la cohesión cultural. En

2023, se estimaba que Moscú tenía una población de aproximadamente 13 millones de habitantes, de los cuales más de 1 millón eran migrantes de países de la CEI.

La relación entre migración y criminalidad en Rusia ha sido un tema de controversia y debate público. Si bien algunos estudios sugieren que la inmigración está correlacionada con un aumento en las tasas de criminalidad, otros estudios revelan que la mayoría de los migrantes no están involucrados en actividades delictivas. Según un informe del Ministerio del Interior de Rusia, en 2020, aproximadamente [43] el 25% de todos los delitos reportados en Moscú fueron cometidos por migrantes, lo que generó una intensa discusión sobre la seguridad pública y la eficacia de las políticas de inmigración. Esta percepción se ve exacerbada por la cobertura mediática que a menudo resalta incidentes violentos asociados con inmigrantes, contribuyendo a un clima de temor y xenofobia.

Las estadísticas revelan fluctuaciones en las tasas de criminalidad que coinciden con cambios en los patrones migratorios, especialmente en áreas urbanas con altas concentraciones de inmigrantes. Según encuestas realizadas por el Centro Levada, el [6] 61% de los rusos cree que la inmigración ha incrementado la criminalidad en su comunidad. Sin embargo, es fundamental examinar las estadísticas de manera crítica. Las tasas de encarcelamiento indican que, aunque la población carcelaria de migrantes extranjeros ha crecido, en 2022, solo representaba aproximadamente [7] el 10% del total de prisioneros en Rusia, lo que sugiere que, a pesar de las percepciones negativas, la mayoría de los migrantes no están involucrados en actividades delictivas.

El impacto de la pandemia de COVID-19 también ha introducido nuevas complejidades en la relación entre migración y criminalidad. Durante la pandemia, muchos migrantes se enfrentaron a una creciente inseguridad económica, lo que llevó a un aumento en la participación en actividades económicas informales y, en algunos casos, en actividades delictivas. Con el aumento del desempleo y la disminución de las oportunidades legítimas, los grupos del crimen organizado han tenido más oportunidades de expandir su influencia. En este contexto, se ha observado un notable aumento en los delitos graves, incluyendo el tráfico de personas y la explotación laboral, lo que ha generado preocupaciones adicionales sobre la seguridad pública y la protección de los derechos de los migrantes.

La percepción de que la criminalidad ha aumentado en los últimos años ha sido un factor clave en la política pública. Este fenómeno ha llevado al gobierno a implementar políticas más restrictivas, las cuales a menudo dificultan la integración de los migrantes en la sociedad rusa. La reciente introducción de requisitos más estrictos para la obtención de permisos de trabajo y residencia ha generado tensiones entre las comunidades migrantes y la

población local. Estas políticas han sido diseñadas en parte para responder a las preocupaciones de la ciudadanía sobre la seguridad y la economía, pero también han tenido el efecto secundario de empujar a algunas comunidades inmigrantes hacia la marginalidad y la criminalidad.

Entre 1990 y 2024, el número de musulmanes en Rusia ha aumentado significativamente, con estimaciones que sugieren que hay entre 10 y 20 millones de musulmanes en el país, representando aproximadamente el 6% de la población total. Este crecimiento se ha visto acompañado por un aumento en la construcción de mezquitas, que pasaron de aproximadamente 1,000 en 1990 a más de 6,000 en 2023. Este aumento en la infraestructura religiosa refleja no solo un crecimiento en la población musulmana, sino también un reconocimiento de la diversidad religiosa en Rusia y una respuesta a la creciente demanda de espacios de culto.

A pesar de este crecimiento, la representación de musulmanes en las estructuras gubernamentales sigue siendo baja. Menos del [17] 2% de los funcionarios electos en Rusia se identifican como musulmanes, lo que plantea interrogantes sobre la inclusión y la representación de esta comunidad en la política. Esta falta de representación puede contribuir a las tensiones entre comunidades y el estado, dificultando el diálogo y la cooperación entre los diferentes grupos étnicos y religiosos. La ausencia de voces musulmanas en la política puede limitar la capacidad del gobierno para abordar las preocupaciones específicas de esta comunidad, perpetuando un ciclo de desconfianza y exclusión.

La investigación sobre la criminalidad también ha destacado que la relación entre migración y delito no es lineal. En general, se ha observado que las ciudades más grandes tienden a experimentar mayores tasas de criminalidad, no solo debido a la presencia de inmigrantes, sino también por factores socioeconómicos y la densidad poblacional. Por ejemplo, un estudio encontró que en áreas con alta concentración de migrantes, el 20% de los delitos violentos fueron perpetrados por individuos que no eran ciudadanos rusos. Este dato se utiliza a menudo para justificar políticas más estrictas de inmigración, a pesar de que otros estudios sugieren que las tasas de criminalidad tienden a ser más altas en áreas de pobreza y desempleo, independientemente del estatus migratorio de los delincuentes.

A medida que Rusia navega por su paisaje socioeconómico, el futuro de la migración y la criminalidad sigue siendo incierto. Las tensiones geopolíticas, los factores económicos y las percepciones públicas en evolución darán forma a estas tendencias en los próximos años. La investigación continua es esencial para comprender de manera integral la dinámica compleja entre migración y criminalidad, lo que influirá en las respuestas políticas y las actitudes

sociales. A medida que el gobierno enfrenta el desafío de gestionar una población migrante creciente, será vital adoptar enfoques que promuevan la inclusión y el diálogo intercultural.

Además, la combinación de estos elementos será crucial para abordar los desafíos futuros y asegurar una cohesión social en un entorno cada vez más diverso. Las políticas de integración deben ser reevaluadas para asegurar que no solo se limiten a medidas restrictivas, sino que también fomenten el entendimiento y la cooperación entre diferentes grupos. La promoción de programas educativos que enfoquen la diversidad cultural y la historia compartida puede ser un paso significativo hacia la reducción de tensiones y la mejora de la convivencia.

En resumen, la interacción entre la migración y la criminalidad en Rusia es un fenómeno complejo que requiere un análisis cuidadoso y una respuesta equilibrada por parte del gobierno y la sociedad. Las políticas deben orientarse no solo a la seguridad, sino también a la inclusión social y el respeto por los derechos humanos de todos los residentes. El futuro de la migración y la criminalidad en Rusia dependerá en gran medida de cómo se manejen estas dinámicas en un contexto en constante cambio. La historia reciente muestra que las tensiones pueden ser tanto una oportunidad como un desafío, y el éxito dependerá de la capacidad de Rusia para adaptarse a su nueva realidad demográfica.

2.5 Desafíos y Oportunidades para la Integración de las Comunidades Musulmanas en Rusia

La situación actual de la integración de las comunidades musulmanas en Rusia se caracteriza por una serie de desafíos complejos y oportunidades que demandan un análisis profundo. Desde el inicio de la invasión rusa a gran escala de Ucrania, ha habido un aumento en las tensiones étnicas, evidenciado por incidentes violentos entre soldados de diferentes grupos étnicos, como los chechenos y los rusos. Este fenómeno resalta la fragilidad de la unidad dentro del ejército y, más ampliamente, dentro del país. Aunque las divisiones étnicas podrían amenazar la cohesión de Rusia, el Kremlin ha implementado medidas represivas para controlar estas tensiones y evitar una posible fragmentación. Sin embargo, en este contexto, es importante señalar que existe una percepción negativa entre la población rusa hacia el nacionalismo radical manifestado por algunos migrantes. Los rusos tienden a rechazar el nazismo y el extremismo, mientras que los migrantes, en su búsqueda de adaptación, a menudo buscan establecer relaciones con las mujeres locales, lo cual puede ser visto con desconfianza. Si esta situación se invirtiera y fuera un migrante el que intentara establecer contacto con una mujer rusa de manera insistente, esto podría resultar en un sentimiento de persecución hacia el

migrante, subrayando las complejidades de las interacciones culturales y las tensiones que surgen en la vida cotidiana.

Los patrones migratorios han transformado el panorama social en Rusia, donde más de 180 nacionalidades coexisten. Muchos migrantes, en su mayoría provenientes de Asia Central, enfrentan barreras significativas para su integración, tales como diferencias lingüísticas, dificultades en el acceso a servicios y percepciones culturales. Desde la disolución de la Unión Soviética, los flujos migratorios se han desplazado de un retorno de rusos étnicos a un influjo de trabajadores migrantes en busca de mejores oportunidades, lo que ha llevado a un cambio en la estructura demográfica del país. Esta situación ha intensificado las tensiones sociales, ya que la llegada de nuevos grupos a menudo es percibida como una amenaza para las identidades locales. La integración de estos migrantes es crucial, no solo para su bienestar, sino también para la cohesión social en el país. Sin embargo, se han dado casos en los que migrantes que cometen delitos graves no reciben el castigo correspondiente gracias a sus vínculos dentro de sus comunidades (diásporas), lo que contribuye a la desconfianza entre los ciudadanos locales y los migrantes.

Las estrategias de integración adoptadas por estos migrantes, ya sea la asimilación o el multiculturalismo, influyen directamente en su capital social y en su satisfacción general con la vida en Rusia. A pesar de las dificultades, investigaciones indican que los migrantes que logran integrarse experimentan una mejor adaptación psicológica y sociocultural. Por ejemplo, aquellos que establecen vínculos con la comunidad local tienden a tener una mejor percepción de su calidad de vida. La relación entre la población local y los migrantes es fundamental para el éxito de la integración, donde las interacciones amistosas y la apertura entre los rusos y los inmigrantes musulmanes promueven la tolerancia étnica y facilitan la integración. Sin embargo, es crucial abordar la problemática del extremismo que puede surgir entre ciertos grupos migrantes. Se estima que un pequeño porcentaje de los migrantes musulmanes, alrededor del 2-3%, puede estar influenciado por ideologías extremistas, lo que resalta la necesidad de intervenciones efectivas.

No obstante, persisten barreras estructurales que obstaculizan el proceso de integración de los migrantes musulmanes en Rusia. Estos incluyen problemas burocráticos relacionados con el registro, el acceso limitado al empleo y los servicios médicos, y dificultades educativas para los hijos de los migrantes. Según estudios, muchos migrantes enfrentan un desempleo significativo, con tasas que alcanzan el 25% en algunas regiones. Esto limita sus oportunidades de establecerse y prosperar, generando sentimientos de alienación y exclusión. Es importante señalar que, incluso en regiones musulmanas de Rusia, como la República de Tatarstán, se han

reportado conflictos entre locales y migrantes. Estos conflictos no son tanto el resultado de diferencias religiosas, sino de una falta de respeto por las tradiciones y la cultura del país anfitrión. La percepción de inseguridad también juega un papel importante en la aceptación del multiculturalismo. Estudios muestran que existe una correlación positiva entre la percepción de seguridad y el apoyo a la diversidad cultural.

La convergencia social, es decir, la interacción e integración entre las comunidades islámicas y la sociedad rusa en general, depende en gran medida de las estrategias de aculturación adoptadas tanto por los migrantes como por la sociedad receptora. Se ha demostrado que las estrategias que fomentan el entendimiento y la adaptación mutua mejoran la cohesión social, mientras que la falta de alineación en estas estrategias genera tensiones que obstaculizan los esfuerzos de integración. En este sentido, la creación de organizaciones comunitarias como la "Comunidad Rusa" y "Hombre del Norte" tiene como objetivo proporcionar una red de apoyo para los locales, similar a las diásporas, pero enfocada en promover la cooperación y la solidaridad entre los rusos.

A nivel interno, se han llevado a cabo esfuerzos para fomentar el diálogo intercultural y fortalecer los lazos entre diferentes grupos. Proyectos educativos y civiles en el Cáucaso del Norte, por ejemplo, han sido efectivos para reducir las tensiones y promover la coexistencia pacífica. La participación de líderes comunitarios y la creación de iniciativas de amistad entre las diferentes etnias son pasos importantes hacia una mayor cohesión social. Sin embargo, el desafío del radicalismo y el extremismo entre ciertos grupos sigue siendo una preocupación significativa. Esto es especialmente relevante en un contexto donde después de los atentados terroristas, se ha intensificado el control en las fronteras, y algunos migrantes provenientes de países como Siria y a través de Tajikistán están siendo monitoreados debido a la presencia de grupos radicales que buscan infiltrarse en Rusia. Estos "agentes externos" también juegan un papel en la propagación de ideologías radicales, tratando de manipular a migrantes poco educados y fomentando un sentimiento anti-ruso entre ellos.

Históricamente, la integración de las minorías étnicas en Rusia ha estado marcada por tensiones demográficas y geopolíticas, especialmente en regiones como el Cáucaso del Norte. El enfoque del gobierno hacia la integración ha tenido importantes implicaciones socioeconómicas, y las quejas étnicas se han convertido en una cuestión delicada que debe ser manejada con cuidado. La experiencia de otros países muestra que la implementación de marcos legales, aunque importante, no garantiza por sí sola la igualdad social ni el respeto por la autonomía de las minorías. En Rusia, las políticas de "korenización" del periodo soviético,

destinadas a promover las culturas locales, finalmente reforzaron el control centralizado y dejaron legados contradictorios que aún persisten.

Las perspectivas futuras para la integración de los migrantes musulmanes en Rusia dependerán de la capacidad de las políticas de abordar tanto las necesidades de las comunidades migrantes como las inquietudes de la sociedad rusa. Las medidas propuestas incluyen mejorar el compromiso local a través de iniciativas comunitarias, garantizar la autonomía financiera de las regiones minoritarias y crear plataformas para el diálogo intercultural que promuevan la comprensión y aceptación mutuas. Es necesario que se establezcan programas que no solo faciliten la integración a través de la provisión de recursos y beneficios, sino que también se combata la formación de grupos cerrados entre los migrantes. Un enfoque más efectivo podría ser el modelo de Corea del Sur, donde los refugiados norcoreanos son reasentados entre la población local para facilitar su adaptación y práctica del idioma. Asimismo, la realización de eventos culturales que celebren la diversidad y promuevan la amistad entre los pueblos puede contribuir a una mayor integración y aceptación.

El futuro de la integración y la convivencia pacífica entre las comunidades musulmanas y la sociedad rusa dependerá en gran medida de la voluntad política para abordar estos desafíos y promover políticas inclusivas. Es imperativo que se desarrollen estrategias efectivas para combatir la radicalización y fomentar la cohesión social. Esto incluirá la creación de oportunidades económicas, la promoción de interacciones positivas entre diferentes grupos y la creación de un entorno seguro y acogedor para todos los ciudadanos. La historia de la integración en Rusia ha sido compleja, pero con el enfoque adecuado, es posible avanzar hacia una sociedad más inclusiva y armoniosa. La promoción de un diálogo continuo y la cooperación entre comunidades pueden allanar el camino para una coexistencia pacífica y enriquecedora para todos los involucrados.

La situación de la integración de las comunidades musulmanas en Rusia es un reflejo complejo de las dinámicas demográficas y sociales actuales, donde las tensiones étnicas y los conflictos geopolíticos se han intensificado, evidenciando la necesidad de una integración efectiva no solo para el bienestar de los migrantes, sino también para la cohesión social del país. Aunque la idea de fomentar un entorno inclusivo y multicultural es indudablemente positiva, se encuentra obstaculizada por varios factores, incluyendo la influencia de agentes externos que, al promover ideologías extremistas, generan desconfianza y miedo hacia estas comunidades. Estos innoagentes, apoyados por redes transnacionales, distorsionan la percepción de los migrantes, presentándolos erróneamente como amenazas en lugar de contribuyentes valiosos a la sociedad. Este contexto genera una resistencia hacia la integración,

ya que muchos rusos desconfían de los migrantes, especialmente en un clima donde se asocia su presencia con un aumento de la criminalidad. Además, algunos migrantes, influenciados por posturas radicales, ignoran las tradiciones y leyes del país anfitrión, lo que agrava las tensiones con las comunidades locales, que sienten que sus valores están en riesgo. Sin embargo, es crucial recordar que no todos los migrantes comparten estas perspectivas extremistas; muchos buscan activamente integrarse y contribuir al desarrollo económico de Rusia. Para que la integración sea exitosa, es vital que tanto el gobierno como las comunidades locales adopten políticas que aborden las preocupaciones legítimas de la población y, al mismo tiempo, apoyen a los migrantes en su proceso de adaptación. Esto implica crear programas que fomenten el entendimiento cultural y promuevan interacciones positivas. Asimismo, es fundamental que las autoridades rusas mantengan un control efectivo sobre las fronteras y se enfrenten a las redes de innoagentes que intentan socavar estos esfuerzos. En resumen, aunque la integración de las comunidades musulmanas es un objetivo necesario, su éxito depende de un enfoque que reconozca y aborde las preocupaciones de todos los involucrados, enfatizando que la cohesión social se construye a través de la colaboración y el entendimiento, y no mediante la división y el temor. Es esencial que la sociedad rusa se esfuerce por construir puentes y derribar muros, enfrentándose a las fuerzas externas que buscan crear discordia, para así avanzar hacia una sociedad inclusiva donde la diversidad sea apreciada como una fortaleza, no como una amenaza.

CONCLUSIONES

La islamización en Rusia ha sido un proceso multifacético que refleja tanto la riqueza cultural del país como sus complejas dinámicas sociopolíticas. A lo largo de la historia, el islam ha desempeñado un papel significativo en la formación de identidades regionales, especialmente en las repúblicas del Cáucaso y de la Volga, donde las comunidades musulmanas han coexistido con diversas tradiciones culturales y religiosas.

Desde la conquista de Volga Bulgaria en el siglo X, la islamización ha estado marcada por una serie de encuentros y desencuentros entre el islam y el cristianismo ortodoxo. Este proceso no solo ha implicado la adopción de creencias islámicas, sino también la integración de elementos culturales autóctonos en la práctica islámica. En este sentido, la islamización ha sido un fenómeno que ha transformado y enriquecido la cultura local, permitiendo que el islam se adapte y se desarrolle dentro de contextos específicos.

En el contexto contemporáneo, la islamización también está relacionada con la creciente visibilidad de las comunidades musulmanas en Rusia y la dinámica interacción entre el estado y estas comunidades. La política de multiculturalismo del gobierno ruso ha fomentado la coexistencia pacífica entre diferentes grupos étnicos y religiosos, pero también ha generado tensiones, especialmente en momentos de crisis social y política. Las narrativas sobre el islam en Rusia a menudo están influenciadas por discursos políticos que pueden marginalizar o estigmatizar a las comunidades musulmanas.

Además, el fenómeno de la islamización en Rusia no es monolítico; presenta variaciones significativas según las regiones y los contextos históricos. Mientras que algunas áreas han experimentado una revitalización del islam, otras han enfrentado desafíos en la preservación de sus tradiciones islámicas. Este contraste refleja la complejidad del panorama religioso en Rusia y la necesidad de un enfoque matizado para entender cómo se desarrolla la islamización en el país.

La islamización en Rusia y los procesos migratorios relacionados han ejercido una influencia profunda y multifacética en la historia y la actualidad del país, afectando todos los aspectos de su vida social, económica, política y cultural. Desde los primeros contactos del Islam con los pueblos de la actual Rusia en el siglo X, cuando los búlgaros del Volga adoptaron el Islam como religión oficial, la relación entre el Estado ruso y el Islam ha atravesado múltiples fases, cada una de ellas marcada por dinámicas complejas de adaptación, integración y, en ocasiones, conflicto. En el contexto contemporáneo, la creciente migración de musulmanes de Asia Central y el Cáucaso, regiones que han estado vinculadas históricamente y culturalmente al

Islam durante siglos, ha revitalizado estas antiguas relaciones, trayendo nuevos desafíos y oportunidades para la cohesión social y el desarrollo económico de Rusia.

En la Rusia moderna, la islamización ha contribuido significativamente al crecimiento demográfico en áreas con comunidades musulmanas establecidas, como Tartaristán, Bashkortostán y Daguestán. Estas regiones, en las que el Islam ha estado presente durante siglos, han experimentado un renacimiento cultural y religioso desde la caída de la Unión Soviética, cuando la liberalización religiosa permitió que las comunidades musulmanas volvieran a practicar su fe abiertamente. El renacimiento islámico no solo ha restaurado las tradiciones religiosas, sino que también ha fomentado el desarrollo de instituciones educativas islámicas, la construcción de mezquitas y la integración de prácticas musulmanas en la vida cotidiana, lo que ha fortalecido la identidad musulmana en estas regiones. Además, el Islam ha desempeñado un papel crucial en el desarrollo del capital social, proporcionando a las comunidades musulmanas una red de apoyo, basada en la solidaridad religiosa, que ayuda a mitigar las dificultades económicas y sociales.

Sin embargo, este resurgimiento religioso y demográfico ha ido acompañado de tensiones sociales y políticas que a menudo se ven exacerbadas por los flujos migratorios provenientes de las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central, como Uzbekistán, Kirguistán y Tayikistán. Estos migrantes, que en su mayoría profesan el Islam, llegan a Rusia en busca de mejores oportunidades económicas, ya que sus países de origen enfrentan altos niveles de pobreza y desempleo. En este sentido, los migrantes musulmanes han desempeñado un papel importante en sectores clave de la economía rusa, particularmente en la construcción, el comercio y los servicios. Se estima que en Moscú y San Petersburgo, dos de las principales ciudades de Rusia, el trabajo de los migrantes representa una parte significativa de la fuerza laboral, lo que ha sido esencial para el crecimiento económico en estas áreas.

A pesar de sus contribuciones económicas, los migrantes musulmanes se enfrentan a numerosos desafíos en su proceso de integración. La barrera del idioma, la discriminación étnica y la falta de acceso a servicios públicos y derechos laborales son problemas recurrentes que agravan su situación y dificultan su adaptación a la sociedad rusa. Además, la percepción negativa de los migrantes, que a menudo se asocian erróneamente con un aumento de la criminalidad y el terrorismo, ha contribuido a un clima de hostilidad y desconfianza hacia las comunidades musulmanas. Estas tensiones se ven amplificadas por los medios de comunicación y ciertos discursos políticos que a menudo presentan a los migrantes como una amenaza a la cohesión social y la seguridad nacional, lo que genera un aumento de los prejuicios y la xenofobia.

Un aspecto clave del análisis de la islamización y la migración en Rusia es la creciente preocupación por la radicalización de ciertos sectores de la población musulmana. Las autoridades rusas han expresado su temor de que las redes extremistas, tanto nacionales como transnacionales, exploten las vulnerabilidades de los migrantes y de las comunidades musulmanas para reclutar a individuos marginados y convertirlos en agentes del extremismo violento. Este fenómeno no es nuevo en la historia de Rusia: ya en el período postsoviético, la guerra en Chechenia y los conflictos en otras regiones del Cáucaso generaron un ambiente propicio para la difusión de ideologías radicales, que encontraron eco entre sectores descontentos de la población musulmana, especialmente entre los jóvenes.

A lo largo de las últimas décadas, las autoridades rusas han implementado varias estrategias para combatir la radicalización y promover la integración de las comunidades musulmanas. Una de las medidas más destacadas ha sido el apoyo gubernamental a los líderes religiosos moderados, quienes desempeñan un papel crucial en la promoción de un Islam tradicional y no radical. Estos líderes, incluidos los muftíes y otros representantes de las principales instituciones islámicas de Rusia, colaboran con el Estado en la prevención del extremismo y la promoción de una imagen positiva del Islam como una religión de paz y convivencia. Además, el gobierno ruso ha establecido programas educativos y sociales destinados a mejorar el diálogo intercultural, reducir los prejuicios y fomentar una mayor comprensión entre las comunidades musulmanas y el resto de la sociedad rusa.

Sin embargo, a pesar de estos esfuerzos, el proceso de islamización en Rusia sigue enfrentando numerosos desafíos, tanto internos como externos. Internamente, la creciente segregación social y económica de los migrantes musulmanes contribuye a la perpetuación de la marginalización y la exclusión, lo que a su vez alimenta el resentimiento y crea un terreno fértil para la radicalización. Externamente, la influencia de actores extranjeros que promueven una versión extremista del Islam sigue siendo una amenaza real. Las redes transnacionales de grupos terroristas, como el Estado Islámico, han intentado reclutar a ciudadanos rusos y migrantes musulmanes para su causa, aprovechándose de la inestabilidad económica y política en ciertas regiones de Rusia y el Cáucaso.

A lo largo de la historia de Rusia, los períodos de tensión interétnica y religiosa han demostrado que la falta de políticas efectivas de integración puede tener consecuencias graves para la estabilidad nacional. Un ejemplo de ello fue la represión y deportación masiva de poblaciones musulmanas durante la era de Stalin, lo que dejó cicatrices profundas en las relaciones entre las diferentes comunidades étnicas de Rusia. Aunque el contexto actual es muy diferente, los desafíos relacionados con la migración y la islamización continúan exigiendo

soluciones integrales que equilibren las preocupaciones de seguridad con el respeto por los derechos humanos y la diversidad cultural.

El éxito de la islamización en Rusia dependerá de la capacidad del Estado para desarrollar políticas que promuevan la inclusión social y respeten las tradiciones culturales y religiosas de las comunidades musulmanas, garantizando al mismo tiempo la seguridad y el orden público. Esto implica no solo la implementación de medidas de control fronterizo más eficaces y programas de prevención del extremismo, sino también la creación de oportunidades de integración económica y social para los migrantes musulmanes. La participación activa de las comunidades musulmanas es crucial, trabajando en conjunto con el Estado para fomentar la paz, el respeto mutuo y la solidaridad intercomunitaria. La situación geopolítica actual, caracterizada por el surgimiento de un mundo multipolar, ofrece a Rusia la oportunidad de fortalecer sus lazos con países musulmanes y consolidar su influencia en la arena internacional. La islamización podría facilitar la creación de nuevas alianzas estratégicas con naciones como Irán, Turquía y diversas repúblicas musulmanas de Asia Central, abordando preocupaciones de seguridad y fomentando el desarrollo económico y cultural. Las relaciones históricas y culturales con Irán pueden servir como base para una cooperación más intensa en defensa, economía y educación islámica, fortaleciendo la posición de Rusia en el Medio Oriente y contrarrestando la influencia de Estados Unidos y sus aliados en la región. Al adoptar una postura proactiva en favor de los intereses musulmanes, Rusia podría atraer el apoyo de diversas naciones musulmanas que buscan reafirmar su soberanía ante lo que perciben como agresiones externas. La islamización también podría permitir a Rusia consolidar su imagen como defensor de los intereses musulmanes en el ámbito internacional, lo que podría traducirse en un aumento significativo del apoyo de estos países y sus poblaciones, al abordar la creciente islamofobia y radicalismo. Rusia podría convertirse en un baluarte de moderación y paz, mostrando que es posible desarrollar un islam que promueva la convivencia y el respeto entre diferentes culturas y religiones. La cooperación con naciones musulmanas abriría nuevas oportunidades económicas, como el comercio y la inversión en infraestructura, beneficiando a Rusia y a sus socios. Establecer un espacio de colaboración económica con países como Turquía y las repúblicas de Asia Central facilitaría el intercambio de recursos y tecnología, contribuyendo a una mayor estabilidad en la región. En resumen, la islamización de Rusia no solo podría enriquecer su diversidad cultural y social, sino que también le ofrecería una plataforma para unir fuerzas con países musulmanes en un mundo cada vez más multipolar, resultando en un notable aumento de aliados y simpatizantes en la comunidad musulmana

internacional, lo que permitiría a Rusia reivindicar su papel en la escena global y contribuir a la paz y la estabilidad en una región marcada por tensiones y desafíos.

BIBLIOGRAFÍA

1. "Expansion of Islam (600–1200) ." Gale Encyclopedia of World History: War. . Retrieved September 11, 2024 from Encyclopedia.com: <https://www.encyclopedia.com/history/encyclopedias-almanacs-transcripts-and-maps/expansion-islam-600-1200>
2. "Islam: Islam in the Caucasus and the Middle Volga ." Encyclopedia of Religion. . Retrieved September 11, 2024 from Encyclopedia.com: <https://www.encyclopedia.com/environment/encyclopedias-almanacs-transcripts-and-maps/islam-islam-caucasus-and-middle-volga>
3. "Reform: Muslim Communities of the Russian Empire ." Encyclopedia of Islam and the Muslim World. . Retrieved September 11, 2024 from Encyclopedia.com: <https://www.encyclopedia.com/religion/encyclopedias-almanacs-transcripts-and-maps/reform-muslim-communities-russian-empire>
4. "Sociology of Islam ." Encyclopedia of Sociology. . Retrieved September 11, 2024 from Encyclopedia.com: <https://www.encyclopedia.com/social-sciences/encyclopedias-almanacs-transcripts-and-maps/sociology-islam>
5. "The Spread of Islam ." World Eras. . Retrieved September 11, 2024 from Encyclopedia.com: <https://www.encyclopedia.com/history/news-wires-white-papers-and-books/spread-islam>
6. Aleshkovski, I. A., Gasparishvili, A., & Grebenyuk, A. (2023). The changing landscape of Russia's emigration from 1990 to 2020: Trends and determinants. *Journal of Globalization Studies*, 14(1). <https://doi.org/10.30884/jogs/2023.01.04>
7. Alexander Sukharenko, 'The State, Trends and Forecast of Russian Crime in the Context of the Coronavirus Pandemic', *The Informer*, 17 November 2020, RUSI <https://www.rusi.org/networks/shoc/informer/state-trends-and-forecast-russian-crime-context-coronavirus-pandemic>
8. Andreev, E. M., & Churilova, E. V. (2023). Resultados del Censo Nacional de Población de 2021 a la luz de la estadística de la contabilidad actual de la población y de censos de años anteriores. *Revista Demográfica*, 10(3), 4-20. <https://doi.org/10.17323/demreview.v10i3.17967>
9. Berger, M. S. (2018). Understanding Sharia in the West. *Journal of Law, Religion and State*, 6(2-3), 236-273. <https://doi.org/10.1163/22124810-00602005>

10. Boucharlat, R. (1984). Les périodes pré-Islamiques récentes aux Émirates Arabes Unis. In R. Boucharlat & J.-F. Salles (Eds.), *Arabie orientale. Mésopotamie et Iran méridional, de l'Âge du Fer au début de la période islamique* (pp. 187-197). Paris.
11. Bowering, G., Crone, P., Kadi, W., Stewart, D., Zaman, M. & Mirza, M. (2013). *The Princeton Encyclopedia of Islamic Political Thought*. Princeton: Princeton University Press. <https://doi.org/10.1515/9781400838554>
12. Brunarska, Z., & Denisenko, M. (2021). Russia: A 'hidden' migration transition and a winding road towards a mature immigration country? *Central and Eastern European Migration Review*, 10(1), 143-172. <https://doi.org/10.17467/ceemr.2021.08>
13. De Weese, D. (1994). *Islamización y religión nativa en la Horda de Oro*. Penn State University Press.
14. Derrick, M. A. (2013). Territory and the changing shape of Tatar Islam in Tsarist and Soviet Russia. *International Journal of Russian Studies*, 2, 1-14. Kemper, M., & Sibgatullina, G. (2021). Liberal Islamic Theology in Conservative Russia: Taufik Ibragim's "Qur'ānic Humanism". *Die Welt des Islams*, 61(3), 279-307. <https://doi.org/10.1163/15700607-61020002>
15. Di Puccio, L., & Schmoller, J. (2018). Islam and ethnicity in Russia: Together or apart? An introduction. *Anthropological Journal of European Cultures*, 27(1), 84-87. <https://doi.org/10.3167/ajec.2018.270112>
16. Düvell, F. Shifts in the global migration order and migration transitions in Europe: the cases of Turkey and Russia. *CMS* 8, 45 (2020). <https://doi.org/10.1186/s40878-020-00204-2>
17. EFREMOVA, M., ROGOVA, E., KLEBANOV, L., GORSHENIN, A., & PARKHOMENKO, D. (2019). Trends of Modern Russian Criminal Policy in the Russian Federation. *Journal Of Advanced Research In Law And Economics*, 10(1), 144-154. doi:10.14505//jarle.v10.1(39).15
18. Faller, H. M. (2011). Chapter 1. How Tatar Nation-Builders Came to Be. In *Nation, Language, Islam* (1). Central European University Press. <https://books.openedition.org/ceup/1771>
19. Feener, R. (2019, March 26). Islam in Southeast Asia to c. 1800. *Oxford Research Encyclopedia of Asian History*. Retrieved 29 Sep. 2024, from <https://oxfordre.com/asianhistory/view/10.1093/acrefore/9780190277727.001.0001/acrefore-9780190277727-e-40>

20. Ghazi Shu'ayb, M. b. (2024). The Ports of the Eastern Red Sea Before Islam: A Historical and Cultural Study. *Darah Journal of Arabian Peninsula Studies*, 2(1), 120-149. <https://doi.org/10.1163/29501768-20240105>
21. Giuliano, E. (2005). Islamic identity and political mobilization in Russia: Chechnya and Dagestan compared. *Nationalism and Ethnic Politics*, 11(2), 195-220. <https://doi.org/10.1080/13537110591005711>
22. Instituto Ruso de Asuntos Internacionales. (2024, 25 de enero). Reorientación hacia el Este y el vector islámico de la política exterior de Rusia. <https://russiancouncil.ru/analytics-and-comments/analytics/razvorot-na-vostok-i-islamskiy-vektor-vneshney-politiki-rossii/>
23. Isachenko, N., & Iatsevich, O. (2018). Social Dynamics Of Russian Society In Context Of Socio-Cultural Processes. In I. B. Ardashkin, N. V. Martyushev, S. V. Klyagin, E. V. Barkova, A. R. Massalimova, & V. N. Syrov (Eds.), *Research Paradigms Transformation in Social Sciences*, vol 35. *European Proceedings of Social and Behavioural Sciences* (pp. 484-491). Future Academy. <https://doi.org/10.15405/epsbs.2018.02.56>
24. Joo, S. H. (2024). Elections and Immigration Policy in Autocracy: Evidence from Russia and Kazakhstan. *Government and Opposition*, 59(2), 482–503. doi:10.1017/gov.2022.47
25. Karachurina, L. B., Mkrtchyan, N. V. 2023, Migration distances in Russia: a demographic profile of migrants, *Baltic region*, Vol. 15, № 2, p. 4—22. doi: 10.5922/2079-8555-2023-2-1.
26. Khan, M. A. (2012). *Islam and Contemporary World: The Need for a New Paradigm*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203110428>
27. Knutson SA, Ellis C. ‘Conversion’ to Islam in Early Medieval Europe: Historical and Archaeological Perspectives on Arab and Northern Eurasian Interactions. *Religions*. 2021; 12(7):544. <https://doi.org/10.3390/rel12070544>
28. Kubal, A. (2016). Spiral effect of the law: migrants’ experiences of the state law in Russia – a comparative perspective. *International Journal of Law in Context*, 12(4), 453–468. doi:10.1017/S1744552316000215
29. Lipka, M., & Hackett, C. (2017, 6 de abril). Por qué los musulmanes son el grupo religioso de más rápido crecimiento en el mundo. PEW Research Center. <https://www.pewresearch.org/short-reads/2017/04/06/why-muslims-are-the-worlds-fastest-growing-religious-group/>

30. Lorch, J. (2019). Islamization by Secular Ruling Parties: The Case of Bangladesh. *Politics and Religion*, 12(2), 257–282. doi:10.1017/S1755048318000573 <https://www.cambridge.org/core/journals/politics-and-religion/article/islamization-by-secular-ruling-parties-the-case-of-bangladesh/4EA977E6AC7DAFFFB95876E465E43A7E>
31. Magee, P. (1998). New evidence of the initial appearance of iron in Southeastern Arabia. *Arabian Archaeology and Epigraphy*, 9(2), 122-127. <https://doi.org/10.1111/j.1600-0471.1998.tb00011.x>
32. Meyer, J. (2019, May 23). Muslims in Russia and the Successor States. Oxford Research Encyclopedia of Religion. Retrieved 29 Sep. 2024, from <https://oxfordre.com/religion/view/10.1093/acrefore/9780199340378.001.0001/acrefore-9780199340378-e-129>.
33. Moskva, V. (2019, March 5). Russia will be one-third Muslim in 15 years, chief mufti predicts. *Moscow Times*. <https://www.themoscowtimes.com/2019/03/05/russia-will-be-one-third-muslim-in-15-years-chief-mufti-predicts-a64706>
34. Mukomel V. (2013). Labour Mobility of Migrants from CIS Countries in Russia. *Central and Eastern European Migration Review* 2(2): 21-38.
35. Parr, P. (1993). The early history of the Hejaz: A response to Garth Bawden. *Arabian Archaeology and Epigraphy*, 4(1), 48–58. <https://doi.org/10.1111/j.1600-0471.1993.tb00054.x>
36. Rock-Singer, A. (2022). The Rise of Islamic Society: Social Change, State Power, and Historical Imagination. *Comparative Studies in Society and History*, 64(4), 994–1023. doi:10.1017/S0010417522000317 <https://www.cambridge.org/core/journals/comparative-studies-in-society-and-history/article/rise-of-islamic-society-social-change-state-power-and-historical-imagination/D2896AAB06FC77F70DB8C482031BE06E>
37. Romanenko, V. & Borodkina, O. (2019). Female immigration in Russia: Social risks and prevention. *Human Affairs*, 29(2), 174-187. <https://doi.org/10.1515/humaff-2019-0014>
38. Rosstat. (2010). Resultados del Censo Nacional de Población de 2010. https://rosstat.gov.ru/free_doc/new_site/perepis2010/croc/results.html
39. Ryazantsev, S. V., Karabulatova, I. S., Mashin, R. V., Pismennaya, E. E., & Sivoplyasova, S. Y. (2015). Actual problems of human trafficking and illegal migration in the Russian federation. *Mediterranean Journal of Social Sciences*, 6(3 S1), 621.

40. Sarsenbayev, B. (2022, 31 de octubre). Kazajistán contribuye al diálogo global interreligioso e interconfesional al acoger el Foro de Religiones Mundiales y Tradicionales. ASTANA TIMES. <https://astanatimes.com/2022/10/kazakhstan-contributes-to-global-interreligious-and-interfaith-dialogue-by-hosting-world-and-traditional-religions-forum/>
41. Shamsy, A. El and Coulson, . Noel James (2024, September 27). sharia. Encyclopedia Britannica. <https://www.britannica.com/topic/sharia>
42. Starodubrovskaya, I.V., 2022. Understanding Islamic Radicalization. Russia in Global Affairs, 20(1), pp. 185-208. DOI: 10.31278/1810-6374-2022-20-1-185-208 <https://eng.globalaffairs.ru/articles/islamic-radicalization/>
43. Treyger, Elina, Migration and Violent Crime: Lessons from the Russian Experience (January 1, 2013). Georgetown Immigration Law Journal, Vol. 27, No. 2, pp. 257-310, 2013, George Mason Law & Economics Research Paper No. 13-01, Available at SSRN: <https://ssrn.com/abstract=2197913>
44. Turaeva, R. (2020). Muslim Orders in Russia: Trade Networks and Hijama Healing. Nationalities Papers, 48(4), 661–674. doi:10.1017/nps.2019.90 <https://www.cambridge.org/core/journals/nationalities-papers/article/muslim-orders-in-russia-trade-networks-and-hijama-healing/27B507F2D6FC2A2AC0E10440F2310A89>
45. Vasil'ev, A. A., Grégoire, H., Canard, M., & Honigmann, E. (1968). Byzance et les Arabes (Vols. 1 & 2). Institut de philologie et d'histoire orientales.
46. Waldman, M. R. and Zeghal, . Malika (2024, September 28). Islamic world. Encyclopedia Britannica. <https://www.britannica.com/topic/Islamic-world>
47. Yarlykapov, A. (2016, 14 de junio). Russian Islam and the situation in the Middle East. Russia in Global Affairs. <https://eng.globalaffairs.ru/articles/russian-islam-and-the-situation-in-the-middle-east/>
48. Yusupova, G., & Ponarin, E. (2018). Social remittances in religion: Muslim migrants in Russia and transformation of Islamic practices. Problems of Post-Communism, 65(2), 92-104. <https://doi.org/10.1080/10758216.2016.1224552>
49. Zeghal, M. and Waldman, . Marilyn R. (2024, September 28). Islamic world. Encyclopedia Britannica. <https://www.britannica.com/topic/Islamic-world>